

# JUAN ENRIQUE PESTALOZZI

SU VIDA Y SUS OBRAS

---

## CAPITULO I

### Los precursores de Pestalozzi

#### I

FRANCKE, ROCHOW, COMENIUS, BASEDOW  
MONTAIGNE, LOCKE

El pastor protestante Francke (1663-1727) fundó en 1695 una pequeña escuela para niños pobres, invirtiendo en esta empresa la modesta suma de 17 francos.

El ex oficial del ejército prusiano Rochow (1734-1805) propagó la idea de la necesidad de instruir a los hijos de los paisanos, fundando y sosteniendo de su peculio una pequeña escuela en 1772, que recibió ayuda del emperador Federico II; este apoyo le fué negado por Federico Guillermo II, a insinuación del clero que veía con desconfianza una escuela laica. Rochow publicó algunas obras abogando por la educación popular, y son: *Libro escolar para los hijos de los paisanos, o para uso de las escuelas de aldea* (1772), *El amigo de los paisanos* (1773), *El amigo de los niños* (1775) y *Del mejoramiento del carácter nacional por las escuelas populares* (1779).

La educación del pueblo durante el siglo XVIII, a excepción de estos nobles esfuerzos, era casi nula, y lo poco que se hacía era una calamidad, enseñándose de memoria y sin más método que el empleo de la férula. Por lo demás, toda la instrucción se

concretaba, por regla general, a enseñar de memoria el catecismo. Sin embargo, grandes pensadores habían sostenido anteriormente ideas más racionales acerca de los métodos pedagógicos. En el siglo XVII, Comenius abogó por la enseñanza de la observación directa, por la *intuición*, método que defendió y aplicó a fines del siglo XVIII Basedow, aunque sólo en provecho de niños burgueses.

No puedo dejar de citar aquí a Montaigne quien, en el siglo XVI, combatió contra la pedagogía calamitosa en boga, y sostuvo nuevos principios para la instrucción aunque personalmente nunca realizó ningún esfuerzo para educar a nadie, ni siquiera a sus propios hijos.

¿ Es Montaigne verdaderamente un precursor de Pestalozzi? Sí y no. En realidad, Pestalozzi no había leído a Montaigne, ya que, en 1801, en la primera carta a Gessner — en su obra *Cómo educa Gertrudis a sus hijos* — declara que hace treinta años que no lee un libro; en otro lugar dice que no ha leído a Rousseau. Sin embargo, las ideas y las tendencias humanas, querámoslo o no, tienen su historia, por más originales que sean los hombres en su pensamiento o en su acción. Así, podemos ver en Miguel Montaigne un precursor del maestro de Zurich, y ya diremos por qué; a pesar de lo cual, apresurémonos a declarar que, en su espíritu eminentemente social y popular, la pedagogía de Pestalozzi no encuentra, en realidad, verdaderos precursores, excepción hecha de Rochow. Pestalozzi sólo se interesaba en la educación del pueblo; ni Montaigne, ni Locke, ni Rousseau, en cambio, pensaron — en cuanto a educación — en el pueblo.

Montaigne es precursor de Pestalozzi en cuanto ha escrito un bello capítulo de sus *Ensayos* — *De l'institution des enfants* — en que critica la pedagogía en boga y postula a favor de la educación del juicio, en el sentido de estimular en el niño el espíritu crítico, la observación y la independencia personal, y, sobre todo — y esto es lo que más lo acerca a Pestalozzi — su fe en la naturaleza. El escéptico Montaigne cree solamente en el conocimiento que respeta el curso de la naturaleza; por eso no cree en la medicina, ya que los médicos de su época no respetan la evolución de las enfermedades, entorpeciendo, con su arte, dicho curso, y fustiga, por igual motivo, la pedagogía en

uso entonces, que en esto también lo que importa es dejar libre curso a la naturaleza. Únicamente no se medirán las cosas con falsa medida si tenemos en cuenta a la Naturaleza. « Quien se representa como en un gran cuadro esta gran imagen de nuestra madre naturaleza; quien lee en su mirada una general y constante variedad; quien se advierte allí, y no en sí mismo, como un punto muy tenue, ese estima las cosas según su justo valor. » Ya veremos más adelante que en la observación del curso de la naturaleza Pestalozzi asentará firmemente su doctrina pedagógica.

Pestalozzi ve en la educación elemental el medio seguro de elevar el nivel moral y económico del pueblo; tenía una fe profunda en este postulado. Montaigne, en cambio, no cree en ese poder de la educación: es una profunda diferencia que separa a ambos pensadores.

En cambio, vemos en Montaigne un precursor no sólo de Pestalozzi, sino también de Froebel, en cuanto preconiza la necesidad de poner al niño en contacto con las cosas y dejarlo trotar libremente delante del institutor, a fin de descubrir sus tendencias naturales y de ponerlo en medio de la vida real; así los conocimientos, en vez de recibirlos ya hechos y de aprenderlos de memoria del libro, los va adquiriendo insensiblemente de los hechos que observa y que interpreta. Sin embargo, no llega a proscribir toda lectura, como lo hacía Rousseau en su *Emilio*, ni a declararse en contra de la imprenta, como lo hiciera Pestalozzi, sino, simplemente, combate la lectura de memoria, sin espíritu crítico, que no desarrolla el juicio; por otra parte, combate la lectura excesiva, que compromete la salud del niño y le quita la alegría, cosas éstas las máspreciadas de nuestra existencia. Lo que importa sobre todo a Montaigne es la educación del juicio: « ejercitad el juicio » será su constante estribillo.

El gran filósofo, médico y político inglés Juan Locke (1632-1704), publicó en el año 1693 sus *Pensamientos acerca de la educación*. En esta obra el gran pensador combate la pedagogía de su época y sostiene puntos de vista nuevos para la educación y la instrucción; pero, como Montaigne, no se preocupa para nada de la educación del pueblo. Su obra fué escrita — en forma de cartas — para que un amigo suyo tuviese las bases para ha-

cer educar a su hijo mediante un institutor. Es, pues, también, una pedagogía para dar normas a un preceptor privado para educar a « un joven caballero ». Educando bien a los caballeros, según Locke, éstos estarán en condiciones de poner orden entre los demás. Como se ve, si da fundamentos nuevos al arte de educar, en nada se parece a Pestalozzi, cuya única preocupación era la de educar al pueblo en la escuela. Dice Locke en el párrafo *Es preciso aprender un oficio*: « Me queda todavía algo que agregar, y sé bien que haciendo conocer mi pensamiento corro el riesgo de parecer olvidar mi asunto y todo lo que he escrito anteriormente sobre educación: porque yo quiero hablar de la necesidad de un oficio, y no he pretendido educar sino un caballero cuya condición no parece compatible con un oficio. Y, sin embargo, no vacilo en decir que quisiera que mi gentilhomme aprendiese un oficio, sí, un oficio manual: hasta quisiera que aprendiese dos o tres, pero uno especialmente (1). » Además, su poca consideración para la escuela lo evidencia en estas palabras: « Cómo pueden ser preparados para la vida social y dispuestos para hacer su entrada en el mundo, cuando estén maduros para esto, lo examinaremos en otro lugar. Pero cómo un niño pueda adquirir el talento del trato, el arte de resolver sus asuntos en el mundo por haber sido colocado en medio de un grupo de niños disipados, de camaradas de todas clases, por haber aprendido a querellarse a propósito del trompo, o hacer trampas en el juego, eso me es imposible comprenderlo. Y es difícil adivinar las cualidades que un padre puede esperar que sus hijos consigan en la sociedad de estos niños que reúne la escuela procedentes de todo género de familias (2). » Y a renglón seguido aboga por la educación mediante un preceptor privado.

En suma, Juan Locke en el siglo XVII renueva la pedagogía y aun en nuestros días leemos con placer y provecho sus *Pensamientos acerca de la educación*; pero si en esto podemos ver — como vimos en Montaigne — un precursor de la pedagogía de Pestalozzi, se aleja mucho de éste por su orientación individualista y conservadora.

(1) Traducción castellana de D. Barnés, página 273.

(2) *Ibidem*, página 84.

II

JUAN JACOBO ROUSSEAU

Las ideas sobre educación del filósofo ginebrino son una consecuencia de sus ideas generales, ya expuestas, en lo que tienen de esencial, en sus dos ensayos escritos para desarrollar los temas propuestos en concursos por una academia sobre los temas: *Si el progreso de las ciencias y de las artes ha contribuído a corromper o a depurar las costumbres* y *Del origen de la desigualdad entre los hombres*, en los cuales niega que sea un bien el progreso de la ciencia y del arte, y glorifica, en el segundo trabajo, el estado primitivo de existencia, en detrimento de la civilización. Su discípulo imaginario Emilio ha de criarse como un pequeño salvaje, sin que sepa — hasta los doce años — distinguir su mano derecha de la izquierda.

Estaba convencido que el sentimiento es un aspecto primordial e independiente de la vida del espíritu con los mismos títulos que el conocimiento. Sus ideas son hijas de sus sentimientos, como lo dice en sus *Confesiones*. Su sensibilidad llegó a ser enfermiza, a tal punto que, con frecuencia, sus pensamientos eran desordenados, caóticos y tumultuosos. Fué realmente perseguido por los reaccionarios y el clero; pero, en sus últimos años, se sentía perseguido hasta por sus propios amigos.

En tres grandes obras desarrolló todo su pensamiento filosófico y sus ideas educacionales, que son, naturalmente, hijas de aquél: *Nueva Eloisa* (1761), *Emilio, o la educación* (1762) y el *Contrato social* (1762).

Su gran obra maestra, *Emilio*, fué quemada en París por orden de las autoridades, y el parlamento decretó su procesamiento; pero huyó a Suiza algunas horas antes de que vinieran a detenerlo. En su patria también fué perseguido por el gobierno reaccionario por sus concepciones religiosas y políticas, ya que se declaraba contrario a los dogmas religiosos y partidario del principio de la soberanía popular. De Suiza pasó a Inglaterra y luego volvió nuevamente a Francia, donde murió en 1778.

La idea fundamental de todos sus escritos filosóficos es que la felicidad y la buena vida han existido en las civilizaciones primitivas o, más propiamente, al comienzo de la civilización, cuando aún la reflexión no predominaba sobre el sentimiento y el instinto. Nuestra civilización, en cambio, refinada y corrompida, ha traído grandes males, como son la servidumbre y el aprovechamiento del trabajo de los otros, la explotación del hombre por el hombre, como diríamos hoy, las guerras, las desigualdades provenientes del derecho de propiedad, sin contar desde el punto de vista puramente individual los desequilibrios y el suicidio. Sin embargo, no preconiza el estado de ignorancia, a no ser para la infancia, como lo veremos en seguida, porque cuando el hombre se ha corrompido por la vida civilizada mejor es que se instruya; ni tampoco cree que sea posible volver al estado primitivo, porque «nadie se quita la cabeza como se quita una gorra; nadie tampoco vuelve a la infancia, a la sencillez; el espíritu, una vez en movimiento, piensa toda la vida». El remedio estaría en una reorganización de la vida individual y social.

Si su *Contrato social* tuvo una grande influencia en la ideología de los hombres de la Revolución de 1789, de donde sacaron muchos principios fundamentales, especialmente el de que la soberanía reside naturalmente en el pueblo, el que la ejerce directamente en asambleas populares o mediante representantes al parlamento, y el principio correlativo de que el poder fundamental del estado es el legislativo, siendo el ejecutivo su complemento como poder administrador, su *Emilio* tuvo una gran influencia en el movimiento pedagógico posterior. Rousseau es el gran precursor de Pestalozzi.

En *Emilio* preconiza Rousseau, como ya lo hiciera Montaigne, dejar obrar la naturaleza libremente. Empieza con estas palabras: «Todo está bien al salir de manos del autor de la naturaleza; todo degenera en las del hombre. Fuerza éste a una tierra para que dé las producciones de otra; a un árbol, para que sustente frutos de tronco ajeno; mezcla y confunde los climas, los elementos y las estaciones; estropea su perro, su caballo, su esclavo; todo lo trastorna, todo lo desfigura; la deformidad, los monstruos le agradan; nada le place tal como fué formado

por la naturaleza ; nada, ni aun el hombre, que necesita adiestrarle para su uso como a caballo de picadero y configurarle a su antojo como a los árboles de su jardín. »

El arte de la educación consiste en dejar obrar la naturaleza, en apartar los obstáculos que impiden a las facultades e instintos desenvolverse libremente. « Dejad — dice — que obre largo tiempo la naturaleza antes de meteros a obrar en su lugar, no sea que impidáis la eficacia de sus operaciones. »

No hay que enseñar lo que el niño puede aprender por propia experiencia ; además, no hay que apurar el desarrollo mental, al contrario, es conveniente retardarlo en lo que sea posible. Emilio no tenía ninguna instrucción hasta los doce años. « Eximiendo así de toda obligación a los niños — dice — les quito todos los instrumentos de su mayor desgracia que son los libros. El azote de la infancia es la lectura, y casi no sabemos emplearla en otra cosa. De doce años, apenas sabrá Emilio qué cosa es un libro. Pero es necesario, a lo menos me dirán, que sepa leer. Convengo en ello : necesario es que sepa leer cuando le sea útil la lectura ; pero creo que hasta entonces sólo sirve para fastidiarle (1). »

La educación de Rousseau es *negativa* y no positiva. Así la define en su carta al arzobispo Beaumont, de París : « Llamo educación positiva la que tiende a formar el espíritu antes de tiempo y a enseñar al niño los deberes del hombre. Llamo educación negativa la que tiende a perfeccionar los órganos, instrumentos de nuestros conocimientos, antes de darnos estos conocimientos, y preparar la razón por el ejercicio de los sentidos. La educación negativa no sólo no es ociosa, sino necesaria ; no enseña la verdad, pero preserva del error ; dispone al niño a todo lo que puede conducirle a lo verdadero cuando se halla en estado de amarlo. » Y en *Emilio* dice : « Mi alumno o, más bien, el de la naturaleza, ejercitado desde muy temprano a bastarse a sí propio en lo posible, no acostumbra a recurrir a los demás y menos todavía a hacer alarde de su mucho saber ; en cambio juzga, prevé, raciocina en todo cuanto tiene relación inmedia-

(1) *Emilio*, tomo I, página 152 (versión española de Rafael Urbano), Madrid, Jorro, 1918.

ta con él. No charla, que obra; no sabe una palabra de cuanto sucede en el mundo, pero sabe hacer muy bien cuanto le conviene. Como sin cesar está en movimiento se ve precisado a observar mucho las cosas, a conocer muchos efectos: muy presto adquiere experiencia, aprende las lecciones de la naturaleza, no las de los hombres, y eso le instruye más porque en ninguna parte ve intención de instruirle (1). »

La felicidad del niño es otro de los principios fundamentales de la pedagogía de Rousseau. Encontraba antecedentes en la república de Platón, en la cual los niños y también la juventud se educan en fiestas, juegos, cantos y pasatiempos, y en Séneca, quien dice de la antigua juventud romana que siempre estaba en pie y nada le enseñaban que hubiese de aprender sentada. «Asústeos poco — dice Rousseau — esta pretendida ociosidad. ¿Qué diríais de uno que por aprovecharse de toda la vida no quisiera dormir? Diríais: es un insensato, no goza del tiempo que se le quita, y por evitar el sueño corre a la muerte. Pensad que aquí sucede lo mismo y que es la infancia el sueño de la razón (2) ».

El *Emilio* de Rosseau se ha educado en la actividad desde niño, pero en una actividad que consulta sus gustos y le resulte, por lo tanto placentera; así se ha formado en él un hábito. Nadie se acostumbra a lo que detesta, «la mayor parte de los hábitos que os figuráis que a los niños y jóvenes hacéis contraer no son hábitos verdaderos; porque los han tomado por fuerza y, como los siguen contra su voluntad, sólo esperan la ocasión para zafarse de ellos. Nadie toma gusto a la cárcel a fuerza de vivir en ella: entonces el hábito aumenta la aversión, lejos de disminuirla. No sucede así con Emilio que, no habiendo hecho en su niñez nada que no fuese voluntariamente y con gusto, si continúa haciendo lo mismo cuando es hombre, añade a la dulzura de la libertad el imperio de la costumbre. La vida activa, las faenas manuales, el ejercicio, el movimiento, en tal manera se le han hecho necesarios, que no podría renunciar a ellos sin molestia » (3).

(1) *Ibíd.*, 157.

(2) *Ibíd.*, 134.

(3) *Ibíd.*, página 302, tomo II.

De dos modos actúan los grandes pensadores de una época sobre la opinión pública de esa misma época o de una posterior: directamente, porque sus obras son leídas por el pueblo, o indirectamente, porque lo son solamente por un reducido número de personas muy cultas, las cuales a fuerza de hablar de ellas las popularizan hasta tal medida que llegan a ser patrimonio de la opinión. Así es cómo un hombre puede, sin saberlo, apropiarse de las ideas de un gran pensador a quien no ha leído. No sé a ciencia cierta si Pestalozzi leyó o no a Rousseau; pero de todos modos, las ideas del ginebrino flotaban en el ambiente de la opinión y no poco influyeron en la orientación pedagógica del zurichense. Así, por ejemplo, está su manera de pensar en perfecta armonía con *Emilio* en puntos fundamentales como ser: seguir el curso de la naturaleza, dar más importancia a la educación de las facultades y de los sentidos que a la instrucción, asegurar la felicidad de la infancia y la juventud, educar no sólo en el ejercicio de la inteligencia, sino también en la vida activa, hacer que el niño aprenda, en cuanto sea posible, por propia experiencia, proscribir el castigo, la envidia, las recompensas.

Sin embargo, hay profundas diferencias entre ambos educadores; así, por ejemplo, la pedagogía de Rousseau está destinada a la educación individual mediante un gobernante, que ha de seguir a su discípulo a través de muchos años, aconsejándole aún después de su casamiento. « Quisiera — dice — que el ayo hubiese ya educado a otro niño. Pero es demasiado; un mismo hombre no puede educar más que a uno; si fuese necesario educar a dos para acertar en la educación del segundo, ¿ qué derecho tuvo para encargarse del primer alumno? »

« Con más experiencia sabría obrar mejor; pero ya no podría. Aquel que ha desempeñado una vez este cargo con el suficiente acierto para conocer todas sus penalidades, no queda con ánimo para volver a acometer la misma empresa, y si ha salido mal la vez primera, no es buen agüero para la segunda (1). »

Pestalozzi, en cambio, persigue la educación de todos los niños; desea llegar a perfeccionar su método hasta simplificarlo

de tal manera que pueda ser aplicado por las madres del pueblo y por todos los maestros, pues el gran ideal de su vida es la educación popular en las escuelas del estado.

Tampoco concuerda Pestalozzi con Rousseau en cuanto a educar sin instruir a los niños, según su concepto de la « educación negativa » ; muy por el contrario, enseña las primeras letras aun a niños muy pequeños.

Y, sobre todo, la enorme diferencia que separa a ambos educadores suizos es que Pestalozzi consagró su vida a la educación de la infancia, mientras Rousseau jamás realizó esfuerzo alguno en este sentido, ni siquiera el que realiza el padre de más humilde condición, pues si no es calumnia de sus enemigos políticos y religiosos, o de su enemigo personal Voltaire, para quien aquél no era más que un farsante y archiloco, Rousseau habría hecho criar a sus hijos en la Casa de Expósitos !

Si Montaigne escribió su célebre capítulo *De l'institution des enfants* para que su vecina la condesa de Gurson tuviese una orientación para hacer educar al hijo que aún no había nacido, es decir, para dar normas a un institutor privado para educar a un pequeño Señor ; si Rousseau escribió su *Emilio* para que sirviese igualmente de guía para educar a un discípulo imaginario, y si ambos lejos estuvieron de ser padres ejemplares, ya que ni uno ni el otro contribuyeron en la medida que lo hace cualquiera en la educación de sus propios hijos, Pestalozzi consagró toda su larga, fecunda y noble existencia no sólo a propagar la necesidad de levantar el nivel del pueblo mediante la educación elemental sino a educar a los niños pobres, a transformar con su ejemplo y con su esfuerzo a los pequeños mendigos, que reclutaba en los caminos, en hombres dignos, llegando él, en su noble afán, a vivir casi como mendigo : esta es la profunda diferencia que separa al gran Pestalozzi de sus ilustres precursores.

## CAPÍTULO II

### Biografía de Pestalozzi

#### I

#### SU JUVENTUD

Juan Enrique Pestalozzi nació en Zurich el 12 de enero de 1746. Su padre, médico, murió cuando él tenía 5 años de edad. Cuando niño era débil, delicado de salud, al parecer poco inteligente y, por su aspecto descuidado y sucio era el blanco de las chanzas de los otros niños. Su maestro había dicho que «no se sacaría nada de él».

Terminados sus estudios de primeras letras pasó al *Collegium humanitatis* de Zurich, y luego al colegio Carolinum, la mayor parte de cuyos alumnos seguían la carrera eclesiástica, como el mismo Pestalozzi pensó cursarla. Influenciado, como la parte más inteligente de la juventud de Suiza, por las ideas de Rousseau, cuyas obras *Emilio* y *Contrato social* habíanle hecho célebre y popular debido a las persecuciones que sufriera de parte de los gobiernos de Francia y de Suiza, se resolvió a estudiar derecho a fin de adquirir los conocimientos necesarios para actuar en la política a favor de las ideas revolucionarias. Asocióse a la Sociedad Helvética, fundada por Bodmer para propagar las nuevas ideas entre la juventud estudiosa. A los 20 años Pestalozzi colaboraba en el periódico *Der Erinnerer*, órgano de dicha sociedad de *patriotas*, como se llamaban a sí mismos esos jóvenes, escribiendo ya sobre temas de educación popular. Por sus ideas políticas y por las denuncias frecuentes que sus miembros hacían de las incorrecciones de las autoridades, Pestalozzi pasaba por agitador revolucionario.

En 1767 Pestalozzi renunció a «las cosas librescas» y fuese a un establecimiento de campo para aprender prácticamente la agricultura. Al año siguiente, con lo poco que le quedaba de la herencia del padre, compró tierras incultas en el cantón de Argovia a fin de cultivar la tierra, interesando en la empresa a su

futuro suegro, el banquero Schulthess, quien puso en la empresa 15.000 florines.

El 30 de septiembre de 1769 casó con Ana Schulthess, de mayor edad que él y a pesar de la oposición de sus padres, quienes decían a su hija: «tendrás que contentarte con pan y agua».

## II

### NEUHOF

En 1771 se radicó Pestalozzi con su familia en sus tierras de Argovia, fundando una explotación agrícola que llamó «Neuhof» (Nueva granja). Carecía de aptitudes para el comercio y la industria, razón por la cual el resultado económico del establecimiento fué desastroso; su socio Schulthess se retiró. Entonces Pestalozzi lo transformó en un asilo de niños huérfanos y pobres, con la ayuda económica de algunos corazones generosos. Llegó a tener unos 50 niños, muchos de ellos reclutados en los caminos. Los hacía trabajar en la agricultura, les hacía hilar el algodón, les enseñaba las primeras letras y les impartía educación moral y religiosa. Él mismo iba a la feria a vender los productos de su chacra. Con frecuencia los niños, inducidos por sus padres, abandonaban el establecimiento después de haber sido vestidos por Pestalozzi. Así se mantuvo el asilo, en la mayor miseria, hasta que tuvo que cerrarlo por falta absoluta de recursos a principios de 1780. «Durante años — escribía más tarde Pestalozzi — he vivido entre más de cincuenta pequeños mendigos, compartiendo mi pan con ellos, viviendo yo mismo como mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres.»

## III

(1780-1798)

Desde 1780 hasta 1798, Pestalozzi vivió en la mayor miseria y sufriendo moralmente al ver que transcurrían los años sin poder hacer nada práctico, como era su verdadera vocación, a

favor de la educación de los niños y en bien de la humanidad. Sin embargo, ese período fué para él muy fecundo, pues aprovechó el tiempo para escribir sus mejores obras. Estos escritos son: *Veladas de un hermitaño* (1780), la primera parte de *Leonardo y Gertrudis* (1781), que lo hizo célebre de la noche a la mañana; de 1783 al 87 publicó sucesivamente las últimas partes de esta novela educativa; *Christofo y Elsa* (1782); en 1797 las *Fábulas e Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo del espíritu humano*.

C) La Asamblea legislativa de París le otorgó el título de Ciudadano francés por decreto de fecha 26 de agosto de 1792, que decía: « Los hombres que por sus escritos y su coraje habían servido la causa de la libertad y la liberación de los espíritus no podían ser vistos como extranjeros en Francia. »

En ocasión de un viaje a Leipzig (1792), fué acogido amistosamente por hombres célebres como Goethe, Wieland, Klopstock, Herder, Jacobi. Cultivó la amistad del filósofo Fichte, quien decía de Pestalozzi: « Es feo, se viste como un campesino, pero tiene un corazón que pocos hombres igualan. »

#### IV

##### STANS

(1798-1799)

Los acontecimientos políticos llevaron en 1798 a los hombres del partido de la Revolución al gobierno de la *República helvética, una e indivisible*. Renacieron las esperanzas de Pestalozzi, y, efectivamente, el ministro de instrucción pública Stapfer resolvió emprender la reforma de la enseñanza elemental y la reorganización de las escuelas.

A Pestalozzi sus amigos le ofrecieron posiciones políticas de importancia, pero las rechazó, contestando siempre: « quiero ser maestro de escuela ». Entonces se le encomendó la fundación de un asilo para niños en la pequeña ciudad de Stans, capital del cantón de Nidwalden, donde las tropas del Directorio

habían librado sangrientos combates a raíz de una revuelta, quedando unos 500 niños en la orfandad. Allí fué Pestalozzi, lleno de esperanzas y de bríos, siendo recibido hostilmente por la población católica, para la que él no era sino un hereje. En medio de las mayores dificultades, con escasos recursos, abrió el instituto el 14 de enero de 1799. Pestalozzi hacía de director, maestro, enfermero y hasta de mucamo de los pequeños, sin más personal que una sirvienta.

En *Cómo instruye Gertrudis a sus hijos*, nos dice él mismo : « Fuí; hubiera ido hasta las cuevas más apartadas de la montaña para acercarme a mi fin, y realmente me aproximé a él. Pero imagínate mi situación : estaba solo ; desprovisto en absoluto de todo medio auxiliar de educación ; en una casa a medio construir, en medio de la ignorancia, de las enfermedades y de toda clase de cosas nuevas para mí ; yo, solo, era director, tesorero, mozo de servicio y casi criado. Lentamente ascendió a ochenta el número de alumnos, todos de distinta edad ; unos llenos de pretensiones ; otros, procedentes de la mendicidad pública ; todos, exceptuando algunos, en la mayor ignorancia. ¡ Qué problema educar a estos niños ! (1) »

Pestalozzi se entregó a la dura tarea con un celo difícil de superar, trabajando día y noche sin descanso para impartir la *educación elemental* a los niños. Tan grande esfuerzo no era, sin embargo, debidamente apreciado por los padres para quienes el establecimiento no era como ellos hubieran deseado, y hasta los mismos funcionarios públicos no comprendían la obra de Pestalozzi ; en cierta ocasión el comisario de gobierno, Truttmann, le aconsejó de modificar su establecimiento tomando por modelo el asilo de huérfanos de Zurich. Así las cosas, las tropas francesas, que habían puesto su cuartel general en Stans, ocupó el edificio, despidiendo previamente a los niños, para instalar en él un hospital militar.

(1) Traducción española de Lorenzo Luzuriaga, 2ª edición, página 26.

V

BURGDORF

(1799-1805)

Después de un breve descanso en las montañas, Pestalozzi volvió nuevamente a gestionar un puesto en las escuelas de Burgdorf, a fin de ensayar nuevos métodos de enseñanza elemental. Con el apoyo de Stapfer, el Directorio le cedió, en julio de 1799, un alojamiento en el castillo de Burgdorf y le nombró maestro auxiliar de una escuela, en un grado que estaba a cargo de un zapatero, el cual veía en él a un peligroso rival cuyo único propósito era quitarle el puesto... Los padres de los niños, a instigación del maestro, pidieron la destitución de Pestalozzi, «pues no estaban dispuestos a que experimentara en sus hijos». El gobierno le asignó un grado en otra escuela. Allí empezó Pestalozzi a ensayar nuevos métodos pedagógicos, a pesar de haberse iniciado empíricamente, sin ninguna base. No tardó en convencerse de la necesidad de seguir paso a paso la instrucción de los niños, no pasando a un nuevo conocimiento hasta tanto no hubiese sido adquirido con toda solidez el anterior; allí también descubrió su método intuitivo, y las bases para la enseñanza del dibujo, todo lo cual constituía lo que él denominaba el *A, B, C, de la intuición*.

A fines de ese año (1799), Pestalozzi recibió la visita de Herbart, quien después escribía: «*La felicidad del pueblo, de la plebe, tal es el fin de Pestalozzi*. Ha querido ocuparse de aquellos de quienes nadie se ocupa: no es en vuestras mansiones, sino en las chozas donde busca la corona de su mérito.»

A fines de 1800 la clase de Pestalozzi fué visitada por la comisión escolar, la cual elevó un informe sumamente elogioso de su método; decían que habían comprobado que niños de 5 a 8 años, en ocho meses habían aprendido a leer y escribir, a dibujar y los rudimentos de las ciencias naturales, y que, además, Pestalozzi ponía su método al alcance de toda madre a fin de que pudiese educar convenientemente a sus hijos. Como un merecido ascenso, se le nombró institutor de la segunda escuela de Burgdorf.

En 1800 renunció su puesto y fundó un instituto privado, que funcionaba en el castillo de Burgdorf, cedido gratuitamente por el gobierno a ese fin. El mayor éxito premió el esfuerzo de Pestalozzi. Su alegría fué interrumpida con el fallecimiento de su hijo Jacobo, el 15 de agosto de 1801.

A fines de 1801 publicó Pestalozzi su obra: *Cómo Gertrudis instruye a sus hijos*, que aumentó considerablemente su reputación. Empezaron a llegar al Instituto Burgdorf visitantes de las distintas regiones de Suiza y de Alemania, para conocer personalmente el « método » de Pestalozzi.

A raíz de un informe elogioso del Presidente del Consejo de educación de Berna, el gobierno nacionalizó el Instituto.

El nuevo gobierno de Berna, que no miraba con simpatía a Pestalozzi por sus ideas liberales resolvió desalojar el Instituto cuando había llegado a su mayor prosperidad, y ocupar el castillo para residencia del prefecto. Se le destinó un antiguo convento en Münchenbuchsee, donde poco quedó; descorazonado, partió el 19 de octubre de 1804, en compañía de sus colaboradores Niedeser y Krüsi, para Iverdon.

Gabriel Compayré, que visitó el castillo de Burgdorf, dice al respecto en su libro *Pestalozzi y la educación elemental*: « Por una singular ironía de la suerte, en la escuela de la que en otros tiempos salían palabras de confianza en la dignidad humana, invocaciones elocuentes a las noblezas de la conciencia, a la libertad de la vida, es actualmente un lugar de detención para los malhechores. Precisamente, en el momento en que franqueaba el umbral para retirarme, me cruzo con un agente de policía que escolta un prisionero, un vagabundo de veinte años. Van a aislar al desdichado en una celda. Pestalozzi, en la ingenuidad de su alma cándida, lo hubiera recibido de otro modo, con palabras de aliento; hubiera ensayado, probablemente, de regenerarlo a él también mediante la instrucción... En fin, ¿ no es, más o menos, el modo como un día hablara a un criminal que se iba a encerrar en un calabozo? Le cogía amistosamente la mano, depositaba en ella una moneda de plata y le decía: Si hubieras recibido una buena educación, serías ahora un hombre honesto, un ciudadano útil, y no habría necesidad de amarrarte cuál si fueras un perro. »

## VI

### IVERDON

(1805-1825)

La municipalidad de Iverdon encargó a Pestalozzi la creación de un instituto, que se instaló en el viejo castillo, antigua residencia de los alcaldes.

En Iverdon aumentó considerablemente la fama de Pestalozzi en toda Europa. Al instituto llegaban educadores y simples visitantes de todos los países. Fichte, en su célebre *Discurso a la nación alemana*, preconizaba los métodos de Pestalozzi como base de la educación nacional y como medio de contribuir a hacer resurgir la grandeza de la nación, después de la derrota de Yena. Los directores de la instrucción pública de Prusia eran partidarios de la pedagogía pestalozziana. El gobierno prusiano envió en 1809 cuatro jóvenes becados para estudiar prácticamente el método. Pestalozzi estaba en el apogeo de su fama.

Sin embargo, gérmenes de descomposición aparecían en el seno del instituto. Empezaron las rivalidades entre los maestros, especialmente entre Niederer, teólogo encargado de la enseñanza religiosa en los cursos superiores, de pronunciar conferencias sobre el método y de colaborar, dada su capacidad, en los trabajos literarios de Pestalozzi, y Schmid, ex alumno del maestro y ahora profesor del instituto.

En vista de los continuos ataques de los diarios, contra la opinión de Schmid que conocía los lados flacos del instituto, Pestalozzi, por consejos de Niederer, que empezaba a interpretar a su modo el método de educación elemental pidió a la Dieta helvética una comisión a fin de que inspeccionara el establecimiento. Girard, director de escuelas en Berna, fué encargado de la redacción del informe. Como Niederer insistía ante la comisión en la necesidad de informar sobre las teorías pedagógicas, Girard, muy sabiamente repuso que su misión era informar sobre la marcha del establecimiento y no discurrir sobre doctrinas o propósitos que no se llevaban a la práctica y que, además, « quizá una filosofía más profunda y más sutil que la nuestra

encontrará demasiado llana nuestra exposición. Nuestras ideas no serán, entonces, suficientemente elevadas y habremos hablado un lenguaje demasiado vulgar. En este caso, nos atreveríamos a contestarle que no bastan las bellas palabras y que toda la sublimidad de la metafísica no consiste, frecuentemente, sino en decir lo que todo el mundo sabe con palabras que nadie comprende ».

En términos generales, el informe de Girard, a pesar de criticar los defectos del instituto, hace justicia a Pestalozzi, y reconoce el noble esfuerzo de su fundador; dice : « sepamos hacer justicia a las intenciones, a los esfuerzos, a la perseverancia; saquemos provecho de estas ideas útiles, sigamos el ejemplo que se nos ha dado y lamentemos los destinos del hombre que, contrariado sin cesar por los acontecimientos, nunca pudo hacer exactamente lo que se proponía ».

En cuanto a la originalidad del método, dice el informe : « Las grandes máximas sobre que descansa el instituto de Yverdon son, sin excepción, las máximas invariables de la virtud y de la bondad. ¿ Pero, sería Pestalozzi el inventor de esos principios ?... No tiene de sí mismo un concepto tan elevado. No se cree el autor de su arte; pero se honra de ser el discípulo. No pretendemos el honor de la invención, nos decía cierta tarde, rodeado de sus niños; pero tratamos de llevar a la práctica lo que el *buen sentido* ha enseñado a los hombres desde hace millares de años. Se puede apreciar por estas palabras que Pestalozzi hace remontar muy lejos el origen del arte que profesa. Lo atribuye al buen sentido, que es viejo, y no a la ciencia, que es joven, y lo ve en todas partes donde haya hombres. ¿ Qué importa, después de todo, la invención, donde sólo interesa considerar la cosa y su utilidad ! Los principios de la educación pertenecen decididamente al buen sentido. »

El informe de Girard fué atacado por los diarios, por ser demasiado favorable al instituto, y fué recibido con desagrado por los maestros del mismo y hasta por Pestalozzi, quien decía que la *idea de la instrucción elemental* no había sido examinada. Sin embargo, la Dieta lo hizo imprimir en francés y alemán, y, en sesión de 1811, declaró a Pestalozzi el agradecimiento de la patria.

En esa época, el instituto fué visitado por Raumer, que más tarde escribió su *Historia de la pedagogía*, quien vino para estudiar de cerca el método que defendía Fichte en el *Discurso a la nación alemana*; y por Jullien, a quien el ministro del Interior, aprovechando su paso por Suiza de viaje a Italia, le encomendó que pasara por Iverdón. Jullien contribuyó a popularizar la obra de Pestalozzi en Francia con su elogiosa memoria *Espíritu del método de educación de Pestalozzi* (1812).

Sin embargo, los diarios seguían combatiendo a Pestalozzi y las discusiones internas iban en aumento. Schmid, no pudiendo soportar a Niederer, abandonó el establecimiento. Pestalozzi se sentía descorazonado y deseaba abandonar su instituto.

A instancias del mismo Niederer, ante el peligro de ruina que amenazaba el instituto, volvió Schmid en 1815, quien se encargó de la administración. Redujo considerablemente los gastos y el personal. Estas medidas, si bien mejoraron las finanzas, aumentaron el descontento. A estos disgustos se añade la muerte de la mujer de Pestalozzi, acaecida el 12 de diciembre de 1815, a la edad de 76 años.

La tiranía de Schmid, quien se adueñó de la situación, provocó la retirada de todo el personal docente, a excepción de Niederer y Krüsi.

En 1817, Niederer abandonó a Pestalozzi, y en sociedad con Krüsi y de otro institutor de Zurich, fundó un instituto en la misma ciudad de Iverdon «para continuar la verdadera tradición pestalozziana». Mientras tanto la desorganización del establecimiento iba en aumento, y Pestalozzi, por tanto disgusto, sintió seriamente quebrantada su salud, teniendo que retirarse a las montañas, donde el aire puro devolvió las fuerzas al anciano que pocos deseos tenía de volver a ese «infierno». Por consejos de Jullien, Pestalozzi encargó la dirección de la escuela a Fallenberg.

Schmid había iniciado una subscripción pública para publicar todas las obras del maestro y había firmado un contrato con el impresor Cotta, quien daría a Pestalozzi la mitad de las ganancias. El mayor éxito coronó la empresa, pues se subscribieron con sumas importantes el Emperador de Rusia, el Rey de Prusia y el Rey de Baviera. Por primera vez en su vida Pestalozzi

se encontró con una fortuna de 50.000 francos. Inmediatamente, lleno de gozo, anunció, el día del aniversario de su nacimiento, el 12 de enero de 1818, que destinaría todo el producto de la venta de sus libros « a la educación del pueblo y de los pobres », fundando un asilo para niños.

Pestalozzi obtuvo de la municipalidad el castillo de Clindy, aldea situada en las cercanías de Iverdón, para establecer en él un asilo para niños huérfanos y pobres; esta concesión duraría hasta cinco años después de su muerte, a favor de las personas que él indicaría para sucederle en la dirección del establecimiento. El hogar infantil se abrió el 13 de septiembre 1818, con 12 huerfanitos, pero pronto aumentaron los alumnos y aun llegaron niños pensionistas. En estas circunstancias, Pestalozzi pidió una prolongación de la concesión por 20 años más, pero, por instigaciones de Niederer, Krüsi y Näf, la municipalidad de Iverdón denegó el pedido, manifestándose descontenta porque el maestro había incorporado a su instituto a los niños de la escuela de la aldea.

Mientras tanto sus rivales Niederer, Krüssi y Näf difamaban públicamente a Pestalozzi, el cual, a su vez, contestaba con nuevos artículos injuriosos, todo lo cual resultaba realmente escandaloso, y determinó el desprestigio del instituto y preparó su disolución. Además, los enemigos consiguieron del gobierno la destitución de su mejor colaborador entonces, Schmid. Pestalozzi resolvió trasladar su establecimiento a Neuhof, donde había conservado la casita y una parte de las tierras. Contaba con la colaboración de algunos discípulos formados en Clindy pero ninguno quiso acompañarle, alegando « que era demasiado pedir a su agradecimiento, y que no estaban dispuestos a sacrificarse por él hasta ese punto ».

Arruinado, pues ya había gastado todo el producto de la venta de sus libros, se vió obligado a cerrar el instituto, alejándose de Iverdon el 2 de marzo de 1825, en compañía de Schmid y de sólo cuatro alumnos, yendo a vivir a Neuhof, donde vivía su nieto Gottlieb con su familia. « Esta partida, decía, me ocasionó tanto disgusto que me parecía que ponía fin a mi vida. »

## VII

### ÚLTIMOS AÑOS DE PESTALOZZI

(1825-1827)

En Neuhof, Pestalozzi soñó reorganizar un hogar para niños pobres y publicar una edición francesa y otra inglesa de sus obras, a fin de proporcionarse recursos para su empresa, encargando a Schmid las gestiones pertinentes en París y Londres. Mientras tanto él escribía sus últimos trabajos: *El canto del cisne* y *Mis destinos como jefe de mis establecimientos de educación en Burgdorf y en Iverdon*, publicados en 1826. Mientras tanto nuevos disgustos vinieron a amargar la vida del anciano. A instigaciones de Fallenberg, los diarios le calumniaban, se le siguió un proceso ante los tribunales y un antiguo empleado del Instituto de Iverdon, el inglés Biber, publicaba un panfleto contra él en Inglaterra para desacreditarlo.

Enfermo y agotado, fué llevado a Brugg, donde falleció el 17 de febrero de 1827.

## CAPÍTULO III

### La obra literaria de Pestalozzi

El desastre de Neuhof había desalentado y desacreditado a Pestalozzi; hasta sus amigos solían decir de él « que acabaría sus días en un hospital o quizá en el manicomio ». Sólo encontró apoyo moral en el filántropo Iselin, discípulo de Quesnay y Rousseau. « Es en esa época — dice Pestalozzi — que Iselin me trajo una sonrisa, el consuelo y la alegría! Fué mi padre, mi maestro, mi apoyo y mi aliento. » Iselin aconsejó a su amigo en esas circunstancias que escribiese sobre sus doctrinas pedagógicas hasta tanto llegase la hora oportuna de llevarlas a la práctica. Ya sabemos que ese período duró 18 años, es decir, hasta la apertura del hogar infantil de Stans en 1798.

Pronto Pestalozzi sintió renacer su entusiasmo y su optimis-

mo. En 1801 escribía, recordando aquella época: « es por mi propia miseria que aprendí a conocer la miseria del pueblo y sus causas como nadie las conocía. Sufría lo que el pueblo sufría, y el pueblo se me presentó como a nadie se presentó. Y bien: jamás estuve más convencido de las verdades fundamentales sobre las cuales apoyaba mi empresa que cuando la vi derrumbarse ante mis ojos ».

Esperando, pues, el momento propicio para llevar a cabo su ideal pedagógico, Pestalozzi se puso a escribir. Todos sus escritos persiguen un solo propósito: educar al pueblo, al pueblo de la clase humilde, el único que le interesaba.

I. Su primer trabajo fué *Velada de un hermitaño*, publicado por Iselin en sus *Efemérides*, en mayo de 1780; reeditada por Pestalozzi, en 1807, en su periódico pedagógico *Wochenschrift für Menschenbildung* (1<sup>er</sup> tomo), e incluido en la edición de L. W. Seyffarth de las obras completas del maestro, Brandebourg, 1869-1872. Son 180 aforismos breves, todos referentes a la elevación del pueblo mediante la educación popular. Los tres primeros aforismos nos dan una idea del pensamiento del autor:

« 1. El hombre, que está sentado en el trono o bajo el techo de una choza, el hombre, por su naturaleza, es siempre el mismo; pero, ¿qué es? ¿Por qué los sabios no nos lo dicen? ¿Por qué los espíritus cultos no observan lo que es su propia raza? ¿Acaso los paisanos utilizan sus bueyes sin aprender a conocerlos? ¿Acaso el pastor se despreocupa de la naturaleza de sus carneros? »

« 2. Y vosotros que empleáis hombres, que decís gobernarlos, que los conducís, tomaos pues el empeño que pone el paisano en sus bueyes y el pastor en sus carneros! ¿Vuestra sabiduría es el conocimiento de vuestro pueblo? ¿Vuestra bondad es la bondad esclarecida del pueblo? »

« 3. Lo que es el hombre, sus necesidades, lo que contribuye a elevarlo, o rebajarlo, lo que lo fortalece o lo debilita, he ahí lo que deben saber los conductores del pueblo y los habitantes de las más humildes chozas. »

II. *Leonardo y Gertrudis*. — Careciendo de papel y a pesar de creerse incapaz de escribir una novela, pues hacía diez años que no leía un libro, pero por consejos de un librero de Zurich,

y porque « hubiera fabricado pelucas para dar pan a mi mujer y a mis hijos », escribió, en las entrelíneas de un viejo libro de cuentas, su famosa obra *Leonardo y Gertrudis*, cuyos personajes son los paisanos que veía todos los días. La hizo leer por algunos amigos, uno de los cuales quiso corregir el estilo, pero modificó de tal modo la redacción que hacía hablar a los paisanos como personas de la ciudad y con palabras presuntuosas y pedantes; Pestalozzi, por su puesto, no aceptó tales enmiendas y se disponía a abandonar su trabajo; pero por consejos de Iselin la dió a la impresión.

Pestalozzi recibió del impresor seis *thalers* por página. En 1781 apareció el primero de los cuatro volúmenes de que consta la obra. Pestalozzi se hizo célebre de la noche a la mañana, pues todos los diarios elogiaron su novela y la Sociedad económica de Berna la premió con medalla de oro y cincuenta florines. Los otros volúmenes aparecieron en 1783, 1785 y 1787.

En esta obra, como en todas, Pestalozzi sólo persigue elevar el nivel del pueblo; en un lenguaje sencillo y hermoso, sin que el lector lo advierta, va propagando sus principios pedagógicos, que aplica la protagonista Gertrudis en la educación de sus hijos, y combate los vicios del pueblo, como ser el alcoholismo, una de cuyas víctimas era el esposo de Gertrudis, el albañil Leonardo, quien, gracias a la acción benéfica de su excelente mujer, se transforma en un padre y en un obrero ejemplar. El alcalde Hummel, de Bonal, quien endeuda a los paisanos para luego obligarlos a ir a embriagarse en su vinería, está magistralmente pintado, resultando un personaje altamente antipático.

III. Alentado por el éxito, Pestalozzi escribió *La instrucción de los niños en el cuarto de habitación* para enseñar a sacar utilidad de *Leonardo y Gertrudis* para la enseñanza de los niños. De este trabajo, que no contentó a su autor, sólo se editaron posteriormente algunos fragmentos en *Pestalozzische Blätter*, de Niederer.

IV. En 1781, la Sociedad de fomento de Bâle publicó en folleto una monografía de Pestalozzi, premiada en el concurso que abrió sobre el tema *Hasta dónde conviene limitar los gastos de los ciudadanos en un pequeño estado libre cuya prosperidad se basa en el comercio*. En ella, su autor combate los gastos superfluos y

combate el lujo, sosteniendo la necesidad de llegar a una vida más ordenada mediante la educación del pueblo.

V. En 1782, Pestalozzi publicó *Cristóbal y Elisa, segundo libro para el pueblo*. Los personajes son esposos que todas las noches leen y comentan un capítulo de *Leonardo y Gertrudis* ante su hijo y el viejo criado de la casa. A pesar de contener hermosas ideas morales, educativas y de buena administración, esta obra no tuvo mucho éxito, pues las clases populares buscaban la novela entretenida y las clases elevadas leían con disgustos las ideas sociales sostenidas, pues Pestalozzi hace responsable a esas clases de los vicios de los humildes. En nuestros días, esta tesis nos parece tan evidente que a nadie escandaliza.

VI. En 1783 publicó *Sobre la legislación y el infanticidio, verdades y sueños, investigaciones y retratos*. Este trabajo le fué sugerido por un proceso por infanticidio seguido a dos muchachas de Vaud, en que se pedía para ellas la pena de muerte. El autor ve en una buena educación el remedio más eficaz contra tan horrendo crimen, que ni siquiera cometen los salvajes.

VII. Por consejos de Iselin, el 3 de enero de 1782 empezó a publicar un periódico pedagógico, que apareció, hasta fin de año, todos los jueves: *Ein Schweitzer Blatt (una hoja suiza)*. En él publicó Pestalozzi parte de su estudio sobre el infanticidio y una exposición muy interesante sobre régimen penitenciario; aboga por importantes reformas sociales y por la abolición de la pena de muerte.

VIII. En 1792 escribió un trabajo sobre *Las causas de la revolución francesa*, que no publicó para no comprometer su obra educativa, según opinión de la señora de Niederer. Forma parte del último volumen de la edición Seyffarth de sus obras completas.

IX. En 1797 publicó sus *Fábulas*, en número de 239, muy breves. Todas contienen una idea moral, educativa, religiosa o política. Hay en ellas mucho ingenio. La fábula 92 dice:

#### *El tilo y el rey*

Un rey, solo, bajo un tilo, admiraba su follaje y decía: ¡Ah! ¡Ojalá mis súbditos me fuesen tan solidarios como esas hojas adhieren a tus ramas!

El tilo le respondió: Llevo continuamente la sabia de mis raíces a cada una de mis hojas.

La fábula 214 es así:

*Cómo los animales entienden la libertad*

El rey león preguntaba un día a los animales qué querían decir cuando hablaban de libertad.

El *buey* respondió: Si jamás me atasen al yugo, y me tuviesen siempre en el pesebre, sería para mí la libertad más envidiable.

El *mono*: No me tendré por libre mientras tenga cola y el cuerpo cubierto de pelos. Sin estos inconvenientes, sería un verdadero hombre y, por consecuencia, perfectamente libre.

El *caballo de tiro*: Cuando el sirviente me saca el arnés, cuando nada extraño tengo sobre el cuerpo, me siento perfectamente libre.

El *caballo de parada*: Cuando estoy magníficamente ataviado y atado a una hermosa carroza para corto paseo, me siento más libre que el noble señor que va detrás de mí en el coche.

El *asno*: Llevar vida libre es no tener jamás sobre el lomo saco ni canasto.

El *perezoso*: Si cuando ya he devorado todas las hojas de mi rama, alguien quisiera llevarme a otra o tuviese al alcance del hocico esas hojas que tanto me gustan, entonces sería libre.

El *zorro*: Libre sería si pudiera conseguir la presa sin tanta astucia, paciencia y terror.

Un hombre que escuchó esas explicaciones exclamó: solamente a los animales se les puede ocurrir semejante libertad. Tenía razón: todo deseo de esa libertad que sólo conviene a los animales, mata en el alma humana el sentimiento puro y elevado de la verdadera libertad.

X. En 1797 publicó también *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo del género humano*. Esta obra, escrita por consejos del filósofo Fichte, su gran amigo, es la que más esfuerzo costó a Pestalozzi y la que, sin embargo, me-

nos repercusión tuvo. Fué un verdadero fracaso, como él mismo lo reconoce más tarde en su libro *Cómo educa Gertrudis a sus hijos*. Dice: «Aún ahora un hombre de reputación y que me estima acaba de decirme: ¿No es verdad, Pestalozzi, y no reconoce usted mismo actualmente que cuando escribió ese libro usted no sabía a ciencia cierta lo que quería?» Casi todos los que habían leído el libro lo tenían por un galimatías que el mismo autor no entendía; sin embargo, fué compuesta seriamente y con un propósito elevado: sistematizar los fundamentos filosóficos de sus doctrinas pedagógicas, éticas y políticas. «Mi fin esencial era coordinar mis ideas favoritas y poner mis sentimientos naturales en armonía con mis puntos de vista sobre el derecho civil y la moral.» Pero Pestalozzi no poseía ninguna capacidad de sistematización filosófica y, además, carecía de toda erudición, pues, después de los treinta años, y quizá antes, no volvió a leer un libro en toda su vida; no estaba, por lo tanto, en condiciones de precisar y sistematizar sus ideas, muy profundas por cierto. Largas digresiones rompen a cada instante el curso de la exposición. Sin embargo, esas digresiones son las páginas más hermosas, pues abandonado a los impulsos de su corazón, escribía páginas de una honda poesía: son los relampagueos vivos y fugaces de su poderosa genialidad. Pero son, también, el más vivo testimonio de las fallas de su espíritu y de su preparación científica y filosófica harto deficientes. Él mismo lo reconoce cuando nos dice en *Cómo educa Gertrudis a sus hijos*: «este trabajo fué para mí una nueva prueba de mi incapacidad».

Con las *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo del género humano*, Pestalozzi cierra el período en que se debió exclusivamente a la pluma. Empieza ahora un fecundo período de acción práctica en sus escuelas de Stans, Burgdorf e Iverdon, que lo consagra ante la historia como el genio fundador de la escuela pública única, gratuita y laica.

Sin embargo, de su pluma saldrán aún nuevos trabajos:

XI. En Burgdorf escribió (1801) el libro *Cómo Gertrudis instruye a sus hijos; ensayo para enseñar a las madres cómo pueden instruir ellas mismas a sus hijos*. Es la obra más clara, más sin-

tética y que mejor expresa los puntos de vista pedagógicos de Pestalozzi. No voy a resumir aquí este libro, pues me servirá para sacar de él los datos fundamentales para redactar el capítulo sobre *Doctrina pedagógica y « método » de Pestalozzi*, de tal modo que leyendo el lector dicho capítulo se informa de las ideas fundamentales del autor en materia de educación elemental; sólo diré aquí que él trata de la enseñanza del lenguaje, de la escritura, del dibujo, de la aritmética, de la educación moral y práctica, de la base intuitiva de toda buena educación. Todos estos métodos de enseñanza elemental han sido superados en mucho desde entonces, pero Pestalozzi será siempre considerado como el fundador de la pedagogía práctica; además, este libro puede ser leído aún en nuestros días con mucho provecho por los maestros.

Como todos los trabajos de Pestalozzi, la exposición sistemática resulta interrumpida a cada rato con largas digresiones de carácter autobiográfico, lamentaciones por no haber sido su obra de educador suficientemente comprendida por sus contemporáneos, reproches para sí, y esperanzas en el triunfo definitivo de la educación elemental, que dan a la obra un carácter muy personal y peculiar.

Morf, autor de una excelente biografía de Pestalozzi, así compendia las grandes ideas directrices de la obra: 1, La intuición es el fundamento de la instrucción; 2, El lenguaje debe estar ligado a la intuición; 3, El tiempo de aprender no es el tiempo del juicio y de la crítica; 4, En cada rama, la enseñanza debe comenzar por los elementos más simples, y de ahí continuar gradualmente siguiendo el desarrollo del niño, es decir, por series psicológicamente encadenadas; 5, Es menester detenerse suficiente tiempo en cada punto de la enseñanza para que el niño haya adquirido la completa posesión y la libre disposición; 6, La enseñanza debe seguir la vía del desarrollo y no la de la exposición dogmática; 7, La individualidad del alumno debe ser sagrada para el educador; 8, El fin principal de la enseñanza elemental no es de hacer adquirir al niño conocimientos y talentos, sino desarrollar y aumentar las fuerzas de su inteligencia; 9, Al *saber* hay que unir el *poder*; a los conocimientos, el saber hacer; 10, Las relaciones entre el maestro y el alumno, especial-

mente en lo que concierne a la disciplina, deben estar fundadas y dominadas por el amor; 11, La instrucción debe quedar subordinada al fin superior de la educación (1).

XII. *El libro de las madres.* — Este libro, escrito casi todo por el colaborador Krusi bajo la dirección del maestro, fué publicado en 1803. Su objeto era poner el método pedagógico al alcance de las madres, propósito que siempre persiguió Pestalozzi; debido a ello, no tuvo éxito, pues entonces como hoy las madres no querían saber nada de todas estas cosas. En él se explica cómo la madre hará conocer intuitivamente la forma, el número, el color y el nombre de los objetos; cómo educará el corazón de su hijo. De la descripción del propio cuerpo del niño se pasará a la descripción de los animales y de las plantas. Después de enseñar a las madres cómo ha de poner a su hijo en relación con las cosas de la naturaleza, les dice:

« Madres, ¿qué tenéis que hacer ahora? Nada más que seguir el camino que os señala la naturaleza y la Providencia. Véis qué objetos presenta Dios a las miradas de vuestro hijo desde que abre los ojos; véis los efectos de estas presentaciones involuntarias, inevitables, podríamos decir; véis qué cosas le alegran y le hacen sonreír. Que toda vuestra conducta esté regulada sobre las impresiones de que sois testigas; aproximad el niño al objeto que más le atrae; hacedle ver nuevamente el que mira más gustoso; buscad entre todas las cosas que están a vuestro alcance, en el jardín, en la casa, en los prados y en los campos, los objetos que por su color, su forma, su movimiento, su brillo, más relación tienen con ese objeto favorito; colocadlos alrededor de su cuna, colocadlos sobre la mesa en que él come. Dejadle plena libertad de examinar a su antojo las propiedades de los objetos, de observar cómo esos objetos se marchitan y se destruyen, y cómo sabéis reproducirlos llenando de flores nuevas el vaso en que estaban las que se habían marchitado, llamando al perro que se fué, recogiendo el juguete caído. Será ello hacer algo para su corazón y su juicio; pero una cosa esencial, la única esencial, pensadlo bien jóvenes madres, es que vuestro hijo os prefiera sobre todas las cosas; que sus más dul-

(1) H. MORF, *Zur Biographie Pestalozzis*, 1885.

ces sonrisas, que sus más vivos cariños sean para vosotras y que, por vuestra parte, nada prefierais a él. »

Este párrafo, en que es fácil reconocer la pluma de Pestalozzi, pone en evidencia los propósitos elevados del maestro, quien buscaba, inspirándose en la intuición de las madres, poner en manos de ellas un método popular y sencillísimo de educación infantil.

XIII. *El maestro de escuela natural*. — Este libro, escrito entre los años 1802 y 1805, quedó inédito hasta 1872, en que fué incluido en la edición Seyffarth. Tenía por objeto guiar al maestro en la educación moral de los niños, conjuntamente con el perfeccionamiento del lenguaje.

XIV. En el Instituto de Iverdon Pestalozzi instaló una imprenta, que editó varios trabajos monográficos sobre pedagogía, redactados en parte por el maestro, en parte por sus colaboradores. Estos trabajos son: *Sobre los principios y el plan de un diario anunciado en 1807*; *Ojeada sobre mis puntos de vista y mis ensayos en educación*; *Exposición a los padres y al público sobre el Instituto de Iverdon*. También en esa época publicaba Pestalozzi la *Hoja semanal para la educación del hombre*, que forma cuatro volúmenes, publicado entre los años 1807 y 1811. En 1815 Pestalozzi publicó un volumen titulado: *A la inocencia, a lo serio y a los nobles sentimientos de mi patria una palabra de actualidad*. Es un trabajo de carácter político sugerido por la caída de Napoleón. Su autor, después de estudiar la situación política de los estados europeos y los vicios de los pueblos, vuelve a insistir una vez más en la necesidad de levantar el nivel de la civilización por medio de la educación elemental. Repite Pestalozzi los principales puntos de vista filosóficos expuestos muchos años antes en su obra *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo del género humano*.

En 1822 publicó Pestalozzi: *Puntos de vista sobre la industria, la educación y la política en sus relaciones con el estado de nuestro país antes y después de la revolución*. En este trabajo, de 80 páginas, el autor prevé el gran desarrollo de la industria y de la propiedad mobiliaria, que debía traer — como trajo efectivamente — un gran aumento de las desigualdades sociales y el crecimiento de la clase proletaria y sus consecuencias las lu-

chas sociales. Pestalozzi vuelve a sostener la necesidad de elevar al pueblo por medio de la educación elemental a fin de evitar graves trastornos políticos y sociales.

XV. A los ochenta años de edad, vuelto a Neuhof después de su retirada de Iverdon, redacta sus últimos trabajos: *Mis destinos*, y *Canto del cisne*; sintetiza éste, con gran elocuencia e inspiración poética, todos sus afanes, sus ideas e ideales en materia de educación, por lo cual viene a ser como el testamento pedagógico del genial educador. En las primeras palabras del prefacio, Pestalozzi expresa cuál ha sido su propósito al escribir este libro, y el de toda su larga existencia: « Desde hace medio siglo, he tratado, con una actividad infatigable, de simplificar la educación elemental del pueblo y darle una marcha conforme a la que sigue la naturaleza para desarrollar y perfeccionar las fuerzas del hombre. Y en todo, en ese tiempo, a pesar de mis escasas fuerzas, he trabajado para cumplir dicho propósito con celo ardiente. Verdad es que mi falta de habilidad ha apuntado frecuentemente en la concepción y en la ejecución de mis empresas, y que me ha acarreado infinitos sinsabores. Pero hasta hoy los he soportado con una paciencia inalterable y sin jamás interrumpir mis serios esfuerzos para llegar a la meta. »

« Durante una vida semejante es imposible que no haya realizado importantes experiencias sobre el tema de mis investigaciones y que no haya llegado a algunos resultados hacia los cuales los amigos de la humanidad y de la educación puedan quedar indiferentes. »

« Tengo actualmente ochenta años; a esta edad un hombre no tiene razón si no se considera cada día como estando en su lecho de muerte. Desde un tiempo a esta parte lo he sentido más que nunca; es por esto que no he querido esperar más sin exponer al público, con la mayor claridad y precisión de que soy capaz, no solamente lo que ha tenido éxito, sino también lo que ha fracasado de mis experiencias. He aquí por qué he puesto a este escrito el título que lleva. »

Este trabajo es uno de los mejores de Pestalozzi; de él sacaremos muchos elementos y transcripciones para el capítulo V sobre la doctrina y el método del gran maestro, por lo cual, a fin de evitar repeticiones, no insistiré más aquí.

Algunos trabajos de Pestalozzi, que quedaron inéditos, se han perdido. Además, a esta enorme labor hay que añadir los hermosos discursos que pronunciaba el primer día de cada año en el Instituto Iverdon, y el gran discurso político que pronunció el día 26 de abril de 1826 en la Sociedad Helvética, abordando en él las causas de las desigualdades sociales de su patria, como consecuencia de la afluencia de los capitales y del incremento de la gran propiedad, con los contrastes de la riqueza y la miseria y las conflictos de ellos derivados. Ve en la educación elemental popular el medio más seguro de llegar a una organización social más justa, más pacífica y más feliz.

#### CAPÍTULO IV

##### La doctrina pedagógica y el « método » de Pestalozzi

En su último trabajo, *El canto del Cisne*, dice Pestalozzi: «La educación, según su naturaleza, exige, en general, la más grande simplificación de sus medios; y fué éste el punto de partida de todos los trabajos pedagógicos de mi vida.» Efectivamente, la simplificación de los medios de la enseñanza elemental no sólo fué el punto de partida, sino la preocupación, hasta el último día de su existencia, del gran Pestalozzi. Dos ideales lo immortalizan en el corazón de la humanidad: la educación elemental para todos los niños sin excepción, como medio de elevar al pueblo y asegurar la prosperidad y la felicidad de las naciones y la simplificación de la pedagogía a fin de que llegase a ser un arte al alcance no sólo de los maestros sino también de todo individuo, de toda madre y hasta de toda sirvienta de buena voluntad. El primer ideal ha triunfado en las naciones más adelantadas de Europa, aunque todavía no de un modo absoluto; en la nación más adelantada de Asia, Japón, que, como lo hacía notar nuestro ministro de instrucción pública doctor Antonio Sagarna en el Congreso universitario de Santa Fe, invierte el sesenta por ciento de su presupuesto anual de gastos en la instrucción pública, y en los Estados Unidos de

Norte América; y se va abriendo camino, a paso siempre más acelerado, en las naciones más progresistas de América, como Méjico, Argentina, Brasil, y va triunfando a paso aceleradísimo en Rusia. En cuanto al segundo ideal, bien sabemos que no será nunca una realidad, y es mejor que triunfe — para el reinado definitivo de la libertad y la democracia — la escuela popular del Estado. En el siglo XVIII, la escuela pública, aun en las naciones más adelantadas, era una verdadera calamidad, abandonada generalmente en manos de los curas, quienes, a su vez, delegaban la función en los sacristanes, y de personas sin ninguna preparación, zapateros, barberos y personas carentes de otra ocupación más lucrativa y menos despreciable; de ahí el afán de Pestalozzi para poner la pedagogía en manos de todas las mujeres del pueblo a fin de que instruyeran a sus hijos en el hogar. Él mismo no hubiera podido sospechar, a pesar de su gran optimismo de apóstol, el éxito triunfal, a través del siglo XIX y del que corre, de la escuela popular en las naciones civilizadas y democráticamente organizadas. Sin embargo, convendría que las madres no se desentendiesen demasiado de estos asuntos a fin de coadyuvar y completar inteligentemente la obra de la escuela en beneficio de sus hijos y de la humanidad.

No obstante, no hay que creer que Pestalozzi haya precisado de modo concreto lo que constantemente llamaba « su método ». Muchos educadores realizaron esfuerzos para hacer lo que nunca pudo hacer el maestro : reducir sus principios — los llamados « principios pestalozzianos » — a fórmulas precisas. Todos esos esfuerzos han sido inútiles y estériles. El arte de la enseñanza jamás podrá reducirse a una serie numerada de formulitas que el pedagogo no tendría sino que aprender de memoria en unas cuantas horas o días para luego aplicarlas mecánicamente, como quien aplica una receta para confeccionar un guisado o un pastel. No perdamos el tiempo en *codificar* los principios pestalozzianos. Los mismos discípulos y colaboradores de Pestalozzi no sabían a ciencia cierta qué cosa significaba « su método » ; él mismo no lo sabía. El historiador Vuillemin, que fué alumno del Instituto de Iverdon, en sus *Recuerdos* (Lausanne, 1872), dice : « Lo que se llamaba el « método »

de Pestalozzi era para nosotros un enigma. Lo era aún para nuestros profesores. Como los discípulos de Sócrates, cada uno entendía a su manera las ideas del maestro; y llegó el día en que creyéndose cada cual el único depositario de la doctrina, terminaron declarando que Pestalozzi no se había comprendido a sí mismo.» Y no hay mucha exageración en esto; Pestalozzi obraba por tanteos, investigaba y cambiaba de procedimiento constantemente; y no podía ser de otro modo, pues no había nada de hecho en el campo de la pedagogía práctica; él tenía que hacerlo todo, estando en absoluta disidencia con los métodos en práctica. Murió muy viejo, pero si hubiera vivido aún muchos años más, hubiera continuado investigando, ensayando, cambiando sus procedimientos constantemente y su « método » jamás hubiera llegado a ser preciso, reducido a fórmulas breves, es decir a ser como un código de pedagogía. Sin embargo, no podríamos negar que el mismo Pestalozzi *buscaba* este resultado en su afán de poner el arte de la educación en manos de las mujeres del pueblo. En cierta ocasión, en que un miembro del Consejo ejecutivo visitaba el Instituto de Burgdorf y Pestalozzi le explicaba el « método », aquél exclamó: « Vous voulez mécaniser l'éducation. » El maestro asintió en el acto, como quien descubre súbitamente la fórmula precisa de sus propósitos. En descargo, hay que decir aquí que Pestalozzi jamás mecanizó la educación, por dos razones fundamentales: la primera es que la educación no puede ser mecanizada, y la segunda que Pestalozzi era un genio creador, siempre inquieto, siempre descontento de sus propias fuerzas, siempre dispuesto a investigar y a cambiar, y carente, por otra parte, de espíritu sistematizador.

Sin embargo, estas palabras: « mi método », ¿ carecían de significación? No. Son, por el contrario, de una rica significación y, por ello mismo, no pueden encerrarse en una fórmula, no es posible hacer con ellas una píldora pedagógica... Veamos, pues, qué significación tienen.

En primer lugar, parte la doctrina pestalozziana de un principio que, en nuestros días, está ya incorporado — como muchos otros — definitivamente a la pedagogía: la necesidad de basar la enseñanza en la naturaleza del niño. Dice en la prime-

ra carta a Gessner, en *Cómo educa Gertrudis a sus hijos* : « reconocí como decisivas mis experiencias sobre la posibilidad de asentar la instrucción del pueblo sobre fundamentos psicológicos, de colocar como base de ella conocimientos intuitivos reales y de arrancar de la enseñanza la máscara de su retórica superficial ».

De este principio derivaba la necesidad de fundamentar la instrucción en la *intuición*; se ha fundado para ello en la observación del procedimiento que emplean instintivamente las madres para enseñar a sus pequeños las cosas para distraerlos, sin saber que con esto abren sus sentidos y su inteligencia al conocimiento de la realidad. Las madres campesinas de Appenzel, que a poco de nacer su hijo cuelgan sobre la cuna un pájaro de papel de vistosos colores, nos muestran el verdadero camino a seguir. La *intuición* no sólo era para Pestalozzi la instrucción mediante la percepción inmediata de las cosas, esto es, la *intuición física*, sino también el fundamento de la educación moral, o sea la *intuición moral*. El niño, en este último caso, en vez de ser instruído sobre la virtud, vive él mismo en un ambiente de virtud, y así, insensiblemente, por *intuición moral*, se educa moralmente. En el *Canto del cisne* dice « El punto de partida del pensamiento es la intuición, es decir, la impresión inmediata que el mundo hace sobre nuestros sentidos *interiores* y *exteriores*. Así, el *poder de pensar* se forma y se desarrolla primeramente por las impresiones del mundo moral sobre nuestro sentido moral, y por las del mundo físico sobre nuestros sentidos corpóreos. » Y del conocimiento intuitivo de las cosas llegaba a los conceptos claros. En la séptima carta de *Cómo educa Gertrudis a sus hijos* así lo expresa : « aceptado el principio de que la intuición es el fundamento de todos los conocimientos, se deduce incontrastablemente que la exactitud de la intuición es el fundamento propio del juicio más exacto ».

Pestalozzi sostiene que el niño empieza a instruirse desde el nacimiento y que el arte no ha de hacer otra cosa que seguir el curso de la naturaleza; aquí nos parece oír a Rousseau, especialmente cuando dice: « y pronto me convencí de que la primera hora de su instrucción es la hora de su nacimiento. La natura-

leza le instruye desde el instante en que sus sentidos llegan a ser sensibles a sus impresiones; no es nada, sino el amanecer de los gérmenes físicos ya ultimados, que tienden con todas sus fuerzas y con todos sus impulsos a desarrollar su propia configuración; no es nada, sino el despertar del animal, ya completo, que quiere llegar a ser hombre y que debe llegar a serlo. Toda la instrucción del hombre no es, pues, otra cosa que el arte de auxiliar este anhelo de la naturaleza para su propio desarrollo, y este arte descansa fundamentalmente en la proporcionalidad y armonía de las impresiones que se han de comunicar al niño con el grado preciso de sus fuerzas desarrolladas » (Primera carta a Gessner).

Pestalozzi, partiendo del principio fundamental de que hay que respetar el curso de la naturaleza y de que hay que imitar los procedimientos instintivos de las madres, llegaba al gran principio de la enseñanza intuitiva, que ha triunfado en la pedagogía moderna, y, según parece, de modo definitivo. En el *Canto del cisne* dice: « Desde hace medio siglo he buscado con una actividad infatigable de simplificar la instrucción elemental del pueblo y de darle una marcha conforme a la que sigue la naturaleza para desarrollar y perfeccionar las fuerzas del hombre » (Prefacio). Y más adelante: « Para enseñar a hablar al niño es necesario empezar por hacer experimentar, ver, oír, etc., muchas cosas, y, sobre todo, cosas que le agradan, a fin de que atienda a ellas espontáneamente; hay que hacérselas observar con orden y cada cosa hasta que la conozca bien; al mismo tiempo, es menester acostumbrarlo a expresar constantemente sus impresiones por el lenguaje. Es lo que hace una buena madre con su hijo cuando éste empieza a hablar. »

De estos principios se desprende este otro: « Para llevar a los niños por el camino más corto al fin de la instrucción, a los conceptos claros, debes poner primero a su vista, con gran cuidado, en cada materia de conocimiento, aquellos objetos que presenten, sensible y distintamente los rasgos característicos más esenciales de la materia a que pertenecen, y que, por ello, son singularmente adecuados para hacer visible la esencia de esa materia en vez de sus propiedades variables; y si olvidas esto, contribuyes a que el niño, en la primera visión del objeto,

tome por esenciales sus propiedades variables, y que así se retrase, por lo menos, en el conocimiento de la verdad y no acierte, en cada materia, con el camino más corto para llegar desde las intuiciones confusas hasta los conceptos claros» (*Cómo educa Gertrudis a sus hijos*, carta décima).

Todas estas ideas, como dije, no las saca Pestalozzi de su entendimiento *a priori*, sino de la observación de la naturaleza. Oigámosle decir estas bellas palabras :

« Hombre, imita esta actividad de la excelsa naturaleza, que desarrolla el germen del más grande árbol de una semilla imperceptible; pero que después, por medio de adiciones diarias y continuas, asimismo imperceptibles, desenvuelve los elementos del tronco, en seguida los de las ramas principales, y por fin, los de las ramas más pequeñas, de las que pende el pasajero follaje. Ten a la vista este hacer de la naturaleza elevada, cómo cuida y protege cada parte creada aisladamente y cómo anuda cada trozo nuevo a la vida ya afirmada del viejo. Observa cómo su resplandeciente flor se desarrolla del botón enteramente formado. Mira qué rápidamente el brillo florido de su primera vida y cómo la fruta débil, pero formada perfectamente en la extensión entera de su ser, añade cada día algo, pero algo real, a lo que ya tenía, y así pasa largos meses suspensa de la rama nutridora, creciendo tranquilamente, hasta que cae del árbol enteramente madura y completa en todas sus partes. Ve cómo la naturaleza ya desarrolla el germen de la raíz en el crecimiento de los primeros vástagos ascendentes y cómo sepulta profundamente en el seno de la tierra la parte más noble del árbol; cómo, a su vez, saca el tronco inmóvil de la esencia íntima de la raíz; las ramas directrices, de la esencia íntima del tronco; las ramas pequeñas, de la esencia íntima de las ramas grandes, y cómo suministra a todas las partes más débiles y extremas una fuerza suficiente, pero nunca inútil, desproporcionada o sobrada.

« El mecanismo de la naturaleza humana sensible está sometido en su ser a las mismas leyes por las cuales desarrolla sus fuerzas la naturaleza física. Conforme a estas leyes, toda instrucción debe grabar de un modo invariablemente profundo en lo íntimo del ser humano lo esencial de la materia de su cono-

cimiento; después, encadenar lentamente, pero con una fuerza ininterrumpida, lo menos esencial a lo esencial, y mantener todas sus partes hasta lo último de su materia en una relación viviente, pero proporcionada a la misma. »

El fin de este método de instrucción es hacer pasar gradualmente al niño de las intuiciones oscuras a los conceptos claros. Esta idea la encontramos a cada paso en las obras y escritos de Pestalozzi. Este camino lo ha de seguir el maestro yendo gradualmente, paso a paso sin abandonar un tema antes de haberlo agotado, y pasando a otro tema en que la complejidad con respecto al primero sea imperceptible. Llamaba la atención de los educacionistas que visitaban los institutos de Pestalozzi el rigor con que aplicaba este principio; les parecía que se detenía demasiado en un asunto, pero luego se convencían que así conseguía hacer adquirir conocimientos sólidos a los niños y que contrastaban con las nociones adquiridas de memoria, que caracterizaban la enseñanza general de la época. En la cuarta carta a Gessner, sintetiza con precisión su principio : « Aprende, pues, primero a ordenar tus intuiciones y a terminar lo simple antes de avanzar a lo complicado. Trata de establecer en cada arte una gradación del conocimiento, en que cada nuevo concepto sea solamente una adición pequeña, casi imperceptible, a los conocimientos anteriores, impresos profundamente y hechos indelebles para tí. »

Pestalozzi enseñaba sin programas ni horarios correspondientes a la distribución de las asignaturas. Tomaba un tema y lo estudiaba en todos sus aspectos, horas enteras, sin pasar, como se hace en nuestros días, de una a otra asignatura en la misma mañana, o en la misma tarde. Algún día nos convenceremos del absurdo que representan esos horarios rígidos de nuestras escuelas, en que el maestro pasa, en el término de tres horas de clase, de la mineralogía a la geografía, de la historia al dibujo y de la gramática a la aritmética. Se me objetará que en escuelas de numerosos niños es necesario ajustarse a esos horarios a fin de que el maestro tenga una guía para distribuir su tiempo y sus actividades; esto es cierto, pero no de un modo absoluto. Habría que dar más libertad al maestro y permitirle amplia libertad para apartarse, a su antojo, del dichoso horario, a

fin de no ir dando esos saltos que a nada conducen, con la intención ilusoria de encontrar en la variedad un mayor atractivo a la atención de los niños. Si en muchas cosas nuestras escuelas y nuestros maestros han superado el método de Pestalozzi, creo que en esto nos hemos quedado rezagados. ¿ No tendrán un poco la culpa los maestros? ¿ No serán ellos, en muchos casos, los culpables de tantas reglamentaciones absurdas, ridículas, deprimentes y rutinarias? Creo que sí. Muchos maestros, y hablo de los de nuestro país, no siempre se hacen acreedores a mejores tratamientos. No se puede negar que nuestro país ha hecho enormes progresos en materia de educación; pero no es posible negar que aquí queda muchísimo por hacer. No se puede negar que contamos con maestros muy ilustrados y excelentes desde el punto de vista profesional, algunos de ellos son personas de mucho talento; pero al lado de éstos hay muchísimos que no se ilustran, que viven despreocupados en su ignorancia y en sus prácticas rutinarias, que no ponen fe ni entusiasmo en el desempeño de su profesión. Si no fuera que, con demasiada frecuencia, los gobiernos tienen de ello la culpa, sobre todo en las provincias, donde los problemas educacionales no preocupan a sus hombres, donde los sueldos se pagan cuando sobra el dinero, les cargaría la mitad de la responsabilidad. Hora sería de poner en práctica de un modo general el principio de Pestalozzi en cuanto a la concentración de los temas se refiere. Con ello no decaería la variedad, ni tampoco el interés; todo dependería de la habilidad y preparación de los maestros para hacer entrar dicha variedad e interés en la unidad, como lo hacía Pestalozzi y como lo hacen en nuestros días algunos maestros inteligentes y estudiosos (1).

(1) No insisto aquí más sobre este importante tema a fin de no alejarme del asunto fundamental; pero desearía que nadie fuese a interpretar que hay que insistir horas y horas, monótonamente, sobre un mismo punto; no. Si tomamos por tema « El trigo », podemos mantener fácilmente la atención de los niños durante una semana o más; para ello bastaría empezar por la descripción del grano, que es lo más común, y luego pasar a describir toda la planta; comparar ésta con otras plantas, etc.; enseñar el nombre de cada parte y a escribirlo. Después, hacer describir verbalmente y por escrito la planta de trigo. De ahí podríamos pasar a enseñar las no-

En sus trabajos pedagógicos insiste Pestalozzi en una como fórmula de la instrucción elemental, que se expresa con estas tres palabras: *forma, número y nombre*. Daba a esta fórmula una importancia que en realidad no tiene. Con ella quería expresar que, puesto el niño frente a las cosas, hay que enseñarle qué forma tienen (nociones de geometría y dibujo), en qué

ciones de agricultura referentes al cultivo de trigo; un paso más y estaríamos en condiciones de enseñar las estaciones del año, los climas, el efecto del frío, del calor y de las lluvias sobre la vegetación, etc. Después hablaríamos del pan y de los alimentos en general, de la higiene, etc. Llevaríamos a los niños a visitar un molino para que vieran sus instalaciones, los procedimientos de la molienda, la vida de los obreros, la organización administrativa de un establecimiento industrial. Los niños hablarían en clase y escribirían composiciones sobre dichos asuntos. Luego pasaríamos a visitar una panadería; los niños verían todas sus instalaciones, aprenderían el nombre de todas las cosas que viesen, hablarían con los obreros a fin de aprender de éstos los procedimientos para amasar, los distintos productos de la misma industria, la organización del comercio, el reparto de pan a domicilio, el costo de la mano de obra, la cantidad de pan que puede obtenerse con 100 kilogramos de harina, etc. Aprovecharíamos estos datos para resolver problemas de aritmética, como ser calcular las ganancias mensuales de una panadería que elabora tantos quintales de harina, sabiendo que trabajan tantos obreros a tanto por día, y teniendo en cuenta los gastos de combustible, alquiler, reparto, etc, etc. Luego, pasaríamos a estudiar el comercio internacional de la República Argentina, partiendo de la exportación del trigo; las estadísticas de la importación y exportación; las relaciones internacionales de nuestro país con los demás países de América y de Europa. Ubicaríamos en los mapas dichos países y sus ciudades más importantes, etc. Al mismo tiempo sembraríamos un poco de trigo en el patio de la escuela, y de no haber terreno en la escuela, pediríamos permiso al intendente municipal para sembrar trigo en un lugar de la plaza pública. Fácil sería, después de todo, relacionar tan variados conocimientos con la organización municipal, pues los niños redactarían la solicitud al intendente y nombrarían una comisión de entre ellos para hablar con el mismo; se les explicaría a los niños qué funciones tiene el intendente en el gobierno de la ciudad, y las funciones del concejo municipal, etc, etc. Todo esto daría variedad, gran interés a la instrucción; los niños viajarían, cultivarían la tierra, verían cosas, hechos, hombres, todo ello sin ajustarse a ningún horario, sin necesidad de pasar por saltos de una a otra asignatura, como se hace, tan desgraciadamente en nuestros días. Pero para ello hay que contar con la buena voluntad del maestro, con espíritu de iniciativa, con deseo de trabajar y de ilustrarse.

cantidad están (relaciones aritméticas) y cómo se denominan (gramática, lengua). En la sexta carta a Gessner dice que cuando un individuo educado quiere analizar convenientemente y esclarecer un objeto cualquiera que aparece confuso a sus ojos, tendrá que dirigir siempre su atención a los tres puntos de vista siguientes : « 1° cuántos objetos y de cuántas clases se presentan a sus ojos; 2° cómo se muestran, cuál es su forma y extensión; 3° cómo se llaman, cómo pueden representarse, cada uno de ellos, con un sonido, con una palabra », todo lo cual expresa sintéticamente con estas palabras : *la forma, el número y el nombre*. En realidad, esta fórmula no abarca todo el conocimiento que debe adquirir un hombre educado que trata de conocer las cosas de la naturaleza; no comprende propiedades esenciales como el color, y las demás propiedades físicas (peso, contextura, consistencia), ni sus propiedades químicas, ni su utilidad o inutilidad para la vida del hombre, etc., de tal modo que no tiene mayor importancia, a pesar de que Pestalozzi creía haber descubierto una gran ley fundamental de la pedagogía, como lo expresa en estas palabras de la carta ya citada a Gessner: « Así, amigo, agitaron mi alma durante mucho tiempo las vivas, pero obscuras ideas de los elementos de la instrucción, y así las expuse en mi informe, sin que entonces pudiera descubrir una conexión ininterrumpida entre ellas y las leyes del mecanismo físico, y sin que estuviera en situación de determinar con seguridad los puntos iniciales de que debía partir la ordenación de nuestras ideas técnicas, o más bien la forma en que fuera posible determinar la cultura de la humanidad mediante la esencia de su naturaleza misma, hasta que al fin, no hace mucho tiempo, repentinamente, como un *Deus ex machina*, pareció darme una nueva luz sobre lo que buscaba el pensamiento de que todo nuestro conocimiento procede del *número, la forma y la palabra*. »

Mucho mérito tiene el esfuerzo hecho por Pestalozzi para encontrar un método adecuado para enseñar a escribir y leer, y las nociones fundamentales de los demás conocimientos, en una época en que se seguían procedimientos absurdos y contra natura. Vuelve siempre a la gran idea de seguir el curso de la naturaleza. « La naturaleza ha necesitado siglos para elevar

nuestra especie al arte perfecto del lenguaje, y nosotros aprendemos ahora sólo en algunas semanas este artificio; y para ello, sin embargo, no debemos, no necesitamos hacer otra cosa que seguir el mismo camino que la naturaleza ha seguido con la especie humana» (Carta décima a Gessner).

Actualmente se emplean casi los mismos procedimientos para enseñar a leer y a escribir que inventó Pestalozzi, muchas veces, casi siempre, sin sospecharlo el maestro.

La escritura y la lectura venían después de un largo aprendizaje del lenguaje oral; en esto aplicaba su principio, anteriormente mentado, de seguir el curso de la naturaleza. Hacía deletrear en coro y rítmicamente, procedimiento que en nuestras escuelas se ha generalizado. Empleaba letras sueltas, sobre trozos de cartón, que permitían formar las sílabas y las palabras, y para llamar la atención de los niños, coloreaba dichas letras, las vocales en rojo y las consonantes de otro color. Todo esto también se ha generalizado, y estas letras forman parte del material de María Montessori.

No fué tan feliz en su método para enseñar el dibujo, pues, probablemente para ajustarse a su fórmula *el número, la forma y la palabra*, empezaba enseñando los elementos geométricos, el ángulo, el círculo, el cuadrado, etc., con lo que daba a ésta enseñanza un tinte matemático. En 1808, Girard reprocha, en su informe oficial, que en el Instituto de Iverdon se da demasiada importancia a las matemáticas. Pestalozzi se defendía de estos reproches diciendo que quería acostumbrar a sus alumnos a no creer sino en lo que se podía demostrar como dos y dos son cuatro. Esa orientación geométrica del dibujo no armonizaba del todo con su principio de seguir el curso de la naturaleza y partir de las intuiciones sensibles. Su colaborador Buss, que enseñaba dibujo en Burgdorf, atenúa estas inconsecuencias en el «método» con estas palabras: «Yo temía debilitar la capacidad de intuición de los niños con la presentación de figuras; Pestalozzi no quería ninguna fuerza antinatural; una vez dijo: la naturaleza no da líneas al niño, le da solamente cosas; y las líneas sólo han de dársele para que vea exactamente las cosas; pero no se le han de suprimir las cosas para que no vea sino las líneas» (Carta tercera a Gessner).

En cuanto a la enseñanza de la geografía, Pestalozzi es el creador del método hoy en uso en las escuelas más adelantadas: llevaba a los niños a los campos, a los valles, a las montañas y allí ellos estudiaban la topografía; regresaban con arcilla y luego reconstruían en relieve el mapa de la región. ¡Ojalá todos nuestros maestros hicieran otro tanto, en vez de enseñar exclusivamente en los mapas! ¡Cuán fácil sería dar una idea real de lo que los mapas simbolizan si, imitando a Pestalozzi, enseñaran primeramente a hacer el mapa de la propia escuela, es decir, el plano, para luego pasar a estudiar, sobre el terreno, la aldea o el barrio de la ciudad, y de ahí algunas regiones más alejadas de la escuela! Entonces los niños, con suma facilidad gradualmente se familiarizarían con el mapa de la provincia, del país, del continente, del mundo.

La aritmética la enseñaba Pestalozzi también intuitivamente; hacía contar hojas de árboles, tablitas etc.; así, haciendo añadir una unidad concreta tras otra, y después separándolas una después de otra, enseñaba a sumar y a restar. Es lo que se hace corrientemente en todas nuestras escuelas.

En Stans, careciendo de personal, se le ocurrió valerse de los niños más grandes para ayudar a aprender y a hacer sus deberes a los niños más pequeños; colocaba un niño grande entre dos pequeños, a fin de que aquél ayudase a éstos. ¡Cuánto convendría en nuestros días generalizar esta *educación mutua*, que tanto contribuye a educar en la práctica de la solidaridad y ayuda mutua!

En ninguno de sus escritos hace diferencias Pestalozzi entre la enseñanza elemental de las niñas y los varones, tan natural le parecía la coeducación; todos sus institutos eran mixtos.

Todos los esfuerzos pedagógicos de Pestalozzi se dirigían a un fin: *hacer que los hombres se basten a sí mismos*. No hay que apartar a los niños de la vida, pues *la vida educa*. La vida de familia educa en los sentimientos de amor natural, paternal y fraternal; la vida desarrolla sucesivamente en el individuo el poder de intuición; el poder de hablar y el de pensar; en el trabajo, es decir, en la vida industrial, el individuo adquiere condiciones para el trabajo, etc. De ahí la necesidad de *enseñar por el ejercicio*. En el *Canto del cisne* dice: «todas las fuerzas huma-

nas se desarrollan por el simple medio de su *empleo*. El hombre desarrolla el fundamento de su vida moral, es decir, el amor y la fe, por la práctica del amor y la fe; el fundamento de su vida intelectual, es decir, el pensamiento, por la práctica del pensamiento; el fundamento de su vida industrial, es decir, el poder de sus sentidos y de sus músculos, por la práctica de ese poder». En la *Hoja Suiza* (tomo II) sostiene bellamente la necesidad de educar en el trabajo, en el seno del hogar:

« El primer desarrollo de las fuerzas del niño debe venir de su participación en el trabajo de la casa paterna; porque este trabajo es el que necesariamente el padre y la madre entienden mejor, lo que mejor fija la atención, lo que mejor pueden enseñar.

« Pero independientemente de esta circunstancia, el trabajo en vista de las necesidades reales no es menos el más sólido fundamento de una buena educación.

« Ejercitar la atención del niño, ejercitar su juicio, elevar su corazón a nobles sentimientos, he aquí, me parece, los fines esenciales de la educación; y qué mejor medio de alcanzarlos que ejercitar al niño desde temprano en los diversos trabajos que reclaman las circunstancias diarias de la vida doméstica.

« Nada ejerce mejor la atención que el trabajo en general, porque sin una atención sostenida el trabajo no puede ser bien ejecutado; pero es especialmente cierto del que está al alcance de los niños en un hogar, pues varía sin cesar y de mil maneras y obliga la atención a ejercerse sobre un gran número de objetos diferentes.

« Es también realizando desde temprano toda suerte de trabajos que el hombre adquiere un juicio sano; porque todos estos trabajos se ejecutan en circunstancias variables que es menester apreciar con acierto; y todo defecto de juicio compromete su éxito de una manera que no tarda en saltar a la vista del niño.

« En fin, es el mejor medio de ennoblecer el corazón del hombre y de prepararlo para todas las virtudes domésticas y sociales. Pues para enseñar al niño la obediencia, la dedicación y la resistencia, no creo que nada pueda reemplazar un trabajo al al que se dedica regularmente con toda su familia y con las costumbres de la casa.

« En general, el arte y los libros no podrían reemplazar este

trabajo. La mejor historia, el cuadro más conmovedor que el niño encuentra en un libro, para él no es sino como un sueño, algo de irreal y al que le falta verdad positiva; mientras que todo lo que pasa ante sus ojos, en la habitación familiar, se relaciona en su cabeza a miles de imágenes semejantes, a toda su experiencia, a la de sus padres, de sus vecinos, y le conduce seguramente a un conocimiento verdadero de los hombres, a un verdadero espíritu de observación.»

Además, Pestalozzi fue el campeón de la educación activa, que prepara la educación técnica o profesional. Es necesario que el niño aprenda a realizar sus pensamientos y aprenda a trabajar, como medio más seguro de disciplinar el *cerebro, el corazón y las manos* conjuntamente, de *preparar para la vida industrial*, como él decía. «El arte, la práctica, el saber hacer por el cual el hombre puede realizar afuera lo que concibe en su fuero interno, para su vida industrial, para su vida de familia, para su vida social, he aquí lo que llamamos la vida industrial.» Y se quejaba que los gobiernos sólo se ocupaban de dar instrucción profesional a los ciudadanos exclusivamente en el arte de matar a los hombres.

Una buena educación debe desarrollar, según las leyes naturales, las fuerzas intelectuales, morales y físicas; este equilibrio produce una vida tranquila, feliz y concurrente con el progreso y prosperidad de la sociedad. En ocasión de confiar el manuscrito de su obra sobre las causas de la Revolución francesa a la señora de Niederer, le dijo: «Un día, cuando nuestros tiempos habrán pasado, cuando después de medio siglo una nueva generación nos habrá reemplazado, cuando Europa se vea de tal modo amenazada por la repetición de las mismas faltas, por la miseria creciente del pueblo y por sus duras consecuencias, que se hayan sacudido todos los puntales de la sociedad, entonces, ¡oh! entonces quizá, se aceptará la lección de mis experiencias, y los más esclarecidos por fin comprenderán que solamente ennobleciendo a los hombres es posible poner límites a la miseria y a las fermentaciones de los pueblos, como asimismo a los abusos del despotismo, ya sea de los príncipes o de las multitudes.»

## CAPÍTULO V

### La educación moral y religiosa

En materia religiosa, Pestalozzi puede ser considerado como discípulo de Juan Jacobo Rousseau; en todo caso su teísmo sin dogmas ni ritos estaba muy cerca del teísmo del autor de *La profesión de fe del presbítero saboyano* (1). Ambos por iguales razones, fueron el blanco de los ataques del clero, tanto protestante como católico, a pesar de invocar los dos con frecuencia a Dios. Por esto, he creído oportuno comparar, en este capítulo, las ideas religiosas y las concepciones de ambos en materia de educación religiosa y moral.

El precursor de Pestalozzi en su juventud pasóse — quizá por conveniencia — del puritanismo de sus padres al catolicismo, para volver más tarde al seno de aquella comunión, en la esperanza de encontrar campo más propicio para someter los dogmas más libremente al examen de su conciencia. Por lo demás, algunos enciclopedistas — él también fué colaborador de la Enciclopedia — lo trataban de hipócrita, que concluiría por hacerse capuchino. En realidad, Rousseau a pesar de que declaraba que era el único hombre de su tiempo que realmente creía en Dios, sólo creía en la moral. Oponía a las religiones positivas la religión natural, independiente de los dogmas, de los misterios y de la tradición. Aceptaba que había influido sobre sus ideas religiosas el cristianismo en lo que tiene de esencial; sin embargo, de sus escritos se desprende que sólo aceptaba los principios morales de los fundadores del cristianismo.

En su carta al arzobispo Beaumont, de París, dice: « Monseñor: soy cristiano y sinceramente cristiano, según la doctrina del Evangelio. Soy, como cristiano, no un discípulo de los sacerdotes, sino un discípulo de Jesucristo. Mi maestro ha sutilizado poco sobre el dogma y mucho sobre los deberes; prescri-

(1) Como es bien sabido, *La profesión de fe del presbítero saboyano* forma parte del contenido de *Emilio*.

bía menos artículos de fe que buenas obras; no ordenaba que se creyese, sino lo que era necesario para ser bueno.»

Rousseau no aceptaba los dogmas religiosos porque los recibe de afuera el individuo, no nacen espontáneamente en su corazón; Dios no ha escrito su ley en las hojas de ningún libro, sino en la conciencia y en el sentimiento de los hombres. El Evangelio es un libro sublime, pero no ha sido escrito por Dios, sino por hombres.

De estas premisas filosóficas — que hubiera suscrito Pestalozzi — se desprenden, como consecuencia lógica, los principios pedagógicos acerca de la educación religiosa: no debe inculcársele al niño, es decir, traerle de afuera, ningún dogma, sino hacer que la religión surja natural y espontáneamente en su sentimiento íntimo, de las necesidades de su corazón. Por razones análogas Pestalozzi era partidario de la educación laica.

Para Rousseau, nuestros sentidos están hechos para percibir los cuerpos y no los espíritus; esta es la razón por la cual no es posible entender la naturaleza espiritual antes de poseer cultura filosófica, y los pueblos poco cultos conciben la divinidad como persona. «Nosotros mismos — dice en *Emilio* (1) — con nuestros términos Espíritu, Trinidad, Personas, la mayor parte somos verdaderos antropomorfistas.» Y después: «El Ser incomprendible que lo abarca todo, que da movimiento al mundo y forma el completo sistema de los seres, ni es visible a nuestros ojos, ni palpable a nuestras manos, ni accesible a ninguno de nuestros sentidos: patente está la obra, pero oculto el artífice. No es pequeño asunto conocer, al fin, que existe, y, cuando hasta aquí hemos llegado, cuando nos preguntamos ¿quién es? ¿dónde está? se confunde y se descarría nuestra inteligencia y no sabemos qué pensar.» Y más adelante añade: «Las ideas de creación, de aniquilación, de ubicuidad, de eternidad, de omnipotencia; las de los divinos atributos; todas esas ideas, que a tan pocos hombres es dado ver, de tal modo son confusas y oscuras, y que ninguna oscuridad tienen para la plebe porque no comprende nada de ellas, ¿cómo se han de presentar con toda su fuerza, esto es, con toda su oscuridad, a inteligencias

(1) Traducción castellana de Rafael Urbano, tomo I, página 403.

inexpertas, ocupadas todavía en las primeras operaciones de los sentidos y que sólo conciben lo que tocan (1) ? »

De esto se desprende que Emilio « a los quince años aún no sabía si tenía un alma, y acaso no es tiempo de que lo aprenda a los dieciocho, porque si lo aprende antes de que sea oportuno corre peligro de no saberlo en toda su vida » (2).

Emilio no pertenecerá a ninguna secta religiosa hasta tanto no pueda elegir racionalmente. « ¿ A qué secta agregaremos al hombre de la Naturaleza ? Me parece que es muy sencilla la respuesta; no le agregaremos a ésta ni a la otra, pero le pondremos en estado de que elija aquella a que le conduzca el mejor uso de su razón (3). »

Pestalozzi, que probablemente coincidía en todo eso con el filósofo ginebrino, hablaba, sin embargo, de Dios a los niños; además, *Leonardo y Gertrudis*, los principales y buenos personajes de su novela educativa para el pueblo, son personas muy religiosas. Pero por ningún lado aparecen los dogmas, las sectas, el clero católico ni protestante, el culto. Es la religión del pedagogo de Zurich, la misma *religión natural* de Juan Jacobo. Llega a identificar el amor a Dios con el amor a la madre: « He creído en mi madre; su corazón me mostró a Dios; Dios es el Dios de mi madre, es el Dios de mi corazón, es el Dios del suyo. No conozco ninguno otro Dios; el Dios de mi cabeza es una quimera; no conozco otro Dios que el de mi corazón y sólo me siento hombre al creer en el Dios de mi corazón. El Dios de mi mente es un ídolo; yo me envilezco en su adoración; el Dios de mi corazón es mi Dios; yo me complazco en su amor (4). »

Y a renglón seguido añade: « Madre, madre, si yo te amo, amo a Dios. Madre y Obediencia, Dios y Deber son para mí una y la misma cosa; la voluntad de Dios y lo más noble y mejor que yo pueda crear, son para mí uno y lo mismo. Entonces no vivo ya para mí mismo; entonces me sumo en el círculo de mis hermanos, de los hijos de mi Dios; no vivo ya para mí mismo;

(1) *Ibídem*, página 405.

(2) *Ibídem*, página 406.

(3) *Ibídem*, página 412.

(4) *Cómo educa Gertrudis a sus hijos*, página 264 (traducción española).

vivo para quien me ha recibido en sus brazos maternales y me ha llevado a su amor con mano paternal por cima del polvo de la envoltura terrestre (1). »

Además, en contra de los dogmas dominantes de las iglesias, Pestalozzi sostiene que hay que amar a los hombres antes que a Dios. Dice: « Los sentimientos de amor, de confianza, de gratitud y la disposición a la obediencia tienen que ser desarrollados en mí antes de que pueda dirigirlos hacia Dios. Tengo que amar, confiar, agradecer y obedecer a los hombres antes de que pueda elevarme al amor, a la confianza, al agradecimiento y a la obediencia de Dios, porque *el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿ cómo podrá amar a su padre del cielo, a quien no ve ?* Me pregunto por tanto: ¿ cómo llego yo a amar, a confiar, a agradecer y a obedecer a los hombres ? ¿ Cómo se desenvuelven en mi naturaleza los sentimientos en que descansan esencialmente el amor, el agradecimiento y la confianza humanas y las disposiciones porque se desarrolla la obediencia humana ? Y encuentro que proceden esencialmente de la revelación que tiene lugar entre el niño párvulo y su madre (2). » Para Pestalozzi, se identifican la Religión y la Virtud.

En la segunda carta a Gessner, refiere el gran pedagogo cómo el público de Burgdorf — y también los diarios, casi todos inspirados por los clericales de ambos cultos — le dirigía críticas infundadas a su método de enseñanza, casi todas ellas simplemente porque iba contra la pésima rutina de la enseñanza en boga; y entre esas críticas, una, que probablemente no sería la más inofensiva en aquellos tiempos, consistía en hacerle el cargo que no enseñaba el catecismo, siendo así que su enseñanza de memoria era la tarea fundamental de los maestros. Refiere al respecto: « Se decía que los niños no aprendían a leer justamente porque les enseñaba a leer bien; se decía que no aprendían a escribir precisamente porque les enseñaba a escribir correctamente, y, finalmente, que no llegaban a ser piadosos, cabalmente porque hacía todo lo posible para alejar de su camino todos los obstáculos que se oponen a la piedad en

(1) *Ibídem*, página 265.

(2) *Ibídem*, página 245.

las escuelas, y, sobre todo, porque negaba que el aprendizaje de memoria, a modo de papagayo, del catecismo de Hildelberg, fuese el método propio, conforme al cual haya tratado el Salvador del mundo de elevar a la especie humana a la veneración y al culto divino en el espíritu y en la verdad. Ello es cierto, lo he dicho sin temor, Dios no es un Dios a quien agrada la ignorancia y el error; Dios no es un Dios a quien satisface la hipocresía y la palabrería. He dicho sin temor que no va contra Dios ni contra la religión dirigir a los niños para la adquisición de conceptos exactos, ni tratar de enseñarles a hablar antes que se le inculque en la memoria, como ejercicio de la inteligencia, los dogmas de la religión positiva y sus puntos en litigio por siempre jamás dilucidados (1). »

Lo importante, lo fundamental para ese santo laico que se llamaba Juan Enrique Pestalozzi — en esto, indiscutiblemente, estaba en perfecta armonía con la doctrina de Jesús — era practicar la virtud; para él no había dogmas estrechos, no había catecismos, no había curas, no existía la hipocresía y la mentira, pero era un espíritu profundamente religioso, sinceramente deísta.

En materia puramente moral, tampoco era partidario de lecciones de virtud; la moral había que aprenderla por *intuición moral*, es decir, haciendo que los niños recibieran por propia experiencia, por respirar y vivir en ambiente virtuoso, el hábito de las buenas costumbres y de la virtud, y esto desde la cuna. Aquí se separa fundamentalmente el « método » de Pestalozzi de la doctrina de Juan Jacobo.

El discípulo imaginario de Rousseau, Emilio, a los 16 años sabe que sufren los otros y sale de su egoísmo, en el cual había vivido hasta ese momento. Entonces nace en él el sentimiento de la piedad (2). ; A los dieciséis años descubre el niño que hay seres semejantes a él, que sufren como él, y se hace piadoso ! Antes no podía verlo porque « ninguno se vuelve sensible hasta que se anima su imaginación y empieza a trasladarse fuera de sí propio ». Desde este momento empieza a preocupar-

(1) *Ibidem*, página 72.

(2) *Emilio*, I, 342.

se Rousseau de fomentar en su Emilio los sentimientos de bondad, de humanidad, de conmiseración, de beneficencia, « todas las halagüeñas y sanas pasiones que naturalmente agradan a los hombres y estorban que nazcan crueles y repulsivas, que no sólo hacen, por decirlo así, nula, sino también negativa la sensibilidad, y son perpetuo torcedor de quienes la experimentan, presentando al joven objetos en que pueda obrar la fuerza expansiva de su corazón, que le dilaten y le extiendan por los demás seres, que hagan que en todas partes se halle fuera de sí; desviando con esmero los que le coartan, le reconcentran y ponen tirante el muelle del yo humano (1)». ¡Cuán rica es, en cambio, la vida psíquica de los niños! ¡Cuánta inteligencia, cuánta astucia, cuán despierta es su inteligencia y, sobre todo, qué ricamente dotado es su corazón de sentimientos! ¡Cuán exquisita es su sensibilidad! ¡Si hubiera educado a sus cinco hijos en vez de enviarlos a la inclusa, cuán fácilmente lo hubiera descubierto!

La *intuición moral* de Pestalozzi, del noble Pestalozzi, obra desde el instante mismo en que el niño ve esta hermosa luz del día. Ya en brazos de su madre recibe el calor del más puro amor, del amor maternal, que se incorpora a su corazón como la materia del materno alimento a sus huesos y a sus carnes. En la vida del hogar recibe insensiblemente — siempre por *intuición* — los más puros sentimientos de simpatía, de solidaridad, de amor paternal y maternal, de amor fraternal. En la sociedad, respira el sentimiento de solidaridad y amor a la humanidad. La escuela no tiene nada que inventar, sino seguir el modelo de la naturaleza. El niño vive en comunidad con los maestros y con otros niños del uno y del otro sexo; reina en ella el amor y la virtud, y el niño por *intuición moral*, se hace virtuoso. Así como el conocimiento de las cosas y fenómenos del mundo entran por los sentidos, es decir, que se adquiere por *intuición física*, la educación moral debe entrar en el corazón de los niños sin que siquiera éstos lo adviertan, porque viven en un ambiente moral, porque respiran el aire de la virtud, porque adquieren insensiblemente hábitos buenos, es decir, por *intuición moral*.

(1) *Ibidem* I, página 343.

## CAPÍTULO VI

### Rasgos morales de Pestalozzi

Hasta pasados los cincuenta años, a pesar de los éxitos literarios alcanzados con la publicación de *Leonardo y Gertrudis* y los otros escritos publicados antes de 1800, Pestalozzi no gozó del respeto del pueblo, como correspondía a su noble corazón y a su genialidad. En Neuhof, y sobre todo después del fracaso de su empresa industrial primero y educativa después, se le tenía por un maniático que perseguía regenerar a la humanidad no siendo él mismo capaz de ganarse la vida... Después las cosas cambiaron y fué admirado por grandes educadores, hombres de letras, filósofos y políticos de todos los países de Europa. Sin embargo, aun en esa época, las gentes de la localidad, sin capacidad para comprender a un gran hombre, siguieron considerándolo por mucho tiempo más como a un hombre alocado y que ni siquiera sabía lo que quería. En el informe de Buss — que llegó a ser uno de sus colaboradores, — sobre el Instituto de Burgdorf (1801), se leen estas palabras, que pintan esa modalidad de la opinión pública: «La conciencia del retraso de mi educación y de mis conocimientos del dibujo y de la esperanza de encontrar ocasión de ampliarlos hicieron decidirme ir a Burgdorf, aunque mucha gente me advirtiera que no debía entablar relación alguna con Pestalozzi porque era un maniaco y nunca sabía bien lo que quería. Esta leyenda se documentaba con discursos hechos; por ejemplo, una vez llegó a Burgdorf con los zapatos atados con unas pajas porque había dado sus hebillas a un mendigo en las puertas de la ciudad. Yo había leído *Leonardo y Gertrudis*; creí, pues, en lo de las hebillas, pero no pude admitir que fuera un loco.»

Otro episodio da testimonio de este estado de ánimo de la opinión pública hacia el gran educador. En 1813, en Navidad, un ejército austriaco pasó por Suiza para ir a combatir a las fuerzas napoleónicas, que acababan de experimentar el gran desastre de su ejército de invasión a Rusia. Pestalozzi simpa-

tizaba con las fuerzas de los soberanos aliados, pues veía en la política reaccionaria de Napoleón un obstáculo para la realización de sus proyectos pedagógicos; además, en 1803, en ocasión de formar parte de la *Consulta*, habló en París con el Emperador de sus planes pedagógicos; pero éste le contestó que no tenía tiempo de ocuparse del A. B. C. Además, Napoleón — que no podía mirar con simpatía una obra cuya finalidad era elevar a las masas populares — solía decir que los pestalozzianos eran unos jesuítas. Y Talleyrand, en ocasión de presenciarse, años más tarde, una exposición práctica del método de Pestalozzi, había dicho que aquello era demasiado para el pueblo, y hasta un educador francés, Monge — el fundador de la Escuela Politécnica, — decía: «es demasiado para nosotros». Así las cosas, el comisario de guerra austriaco había solicitado a la municipalidad de Iverdon varios edificios para instalar hospitales militares, entre ellos el castillo en que funcionaba el instituto. A causa de que había muchos enfermos de tifus en las tropas cundió el pánico en la ciudad. La municipalidad nombró una delegación para entrevistarse con los jefes del estado mayor de las fuerzas aliadas a fin de solicitar la revocación de tal resolución. Pestalozzi, para proteger su escuela, se agregó a la delegación, lo que salvó a la ciudad. Roger de Guimps, ex alumno del instituto, en su obra *Historia de Pestalozzi*, dice al respecto: «Los que han conocido personalmente a los representantes de la ciudad de Iverdon, bien saben que no tenían la menor idea de los verdaderos méritos de Pestalozzi. Debían considerarse poco honrados de ese compañero de viaje que, a los ojos del vulgo, no era más que un viejo alocado y despeinado. Por ello, fué grande su sorpresa cuando, llegados a Bâle, vieron la recepción que le hicieron los soberanos aliados. El 21 de enero estaban de regreso en Iverdon; al día siguiente anunciaban a la municipalidad que su misión había tenido el mayor éxito, *que ningún hospital militar se instalaría en Iverdon, y que el señor Pestalozzi había sido recibido con consideraciones extraordinarias*. Sin embargo, el anciano no había estado menos loco en el cuartel general de Bâle que en otras partes. Puesto en presencia del emperador de Rusia, quien se encontraba rodeado de sus dignatarios, había aprovechado la ocasión para predicar la

reforma escolar y la liberación de los siervos; y lo había hecho con tanto entusiasmo y calor que olvidaba su posición: se acercaba tanto al emperador que éste se veía obligado a retroceder; después de llevarlo así contra la pared, estaba a punto de cogerle por la solapa, cuando dióse cuenta, de repente, de su indiscreción: ¡perdón! dijo, e hizo ademán de besar la mano del zar, pero Alejandro le dió un abrazo cordial.»

El aspecto externo de Pestalozzi era lo que más contribuía a impresionar mal a la gente acerca de su persona. Era muy descuidado en el vestir; siempre iba despeinado, la corbata torcida y mal hecha, con frecuencia llevaba las medias largas — usaba pantalón corto — caídas sobre el botín, en fin, el mayor desaliño le caracterizaba. Sin embargo, cuando una persona ilustrada trataba con él no tardaba en descubrir, bajo ese aspecto descuidado y humilde, al hombre grande y bondadoso.

Buss, uno de sus colaboradores, así describe la primera entrevista que tuvo con él. «Llegué a Burgdorf. Su primer encuentro apenas me causó asombro. Vino hacia mí, de un cuarto del piso superior, con las medias desatadas, cubierto de polvo y todo desordenado; le acompañaba Ziemssen, que precisamente había venido también a visitarle. No puedo expresar el sentimiento que me sobrecogió en aquel momento; se aproximaba a la compasión, pero a él se unía la admiración. En un instante me cautivó Pestalozzi con su benevolencia, su alegría conmigo — un desconocido, — su falta de presunción, su sencillez y el abandono en que se presentaba. No había visto aún a ningún hombre buscar así mi corazón; pero ninguno tampoco se ha ganado de tal modo mi confianza.» Sí, ese hombre tan descuidado en su porte, tan humilde, tenía un corazón bondadoso y creía en la bondad del género humano; a veces creía demasiado en la bondad de los hombres, y era víctima de ellos; parecía un niño grande.

Además, impresionaba mal su mala pronunciación, a tal punto mala que a veces no se le entendía, lo que se agravaba cuando hablaba mordiendo la punta de la corbata, y sus colaboradores llegaban a adivinar su pensamiento leyendo en su fisonomía expresiva.

Pero grandes espíritus como el geógrafo Carlos Ritter, que lo

visitó en varias oportunidades entre los años 1807 y 1809, y que declaraba que Pestalozzi le había inspirado para dar una nueva orientación a la enseñanza de su especialidad, decía que sentía para él gran admiración y respeto, y que cuando se encontraba en su compañía tenía el sentimiento de estar en presencia de un hombre extraordinario, dominado por grandes y originales pensamientos y por un noble propósito, todo ello unido a una sencillez realmente excepcional. Con su trato se sentía uno elevado y ennoblecido. « El digno anciano, decía, era siempre un niño por el corazón y por el genio. » Y, con adhesión entusiasta, añadía : « He visto algo mejor que el paraíso de la Suiza, he visto a Pestalozzi, he conocido su corazón, su genio; jamás me he sentido embargado por la santidad de mi vocación y de la dignidad de la naturaleza humana que en los días que he pasado junto a ese noble hijo de la Suiza. »

Roger de Guimps dice de él: « Pestalozzi abordaba a cada uno con la más tierna benevolencia; su conversación era animada, espiritual, llena de imaginación y de originalidad, difícil de seguir a causa de su mala pronunciación. Pero era muy desigual: pasaba en un momento de una alegría franca y expansiva a una tristeza meditativa y concentrada. Habitualmente distraído, preocupado, poseído de una agitación febril, no podía permanecer sentado; recorría los corredores del castillo, una mano en la espalda o en su levitón, la otra sujetando el extremo de la corbata en los dientes. Así llegaba todos los días a las clases; si la enseñanza le agradaba, su cara se volvía radiante, acariciaba a los niños y les dirigía algunas palabras sonriendo; pero si los procedimientos del maestro no le agradaban, se retiraba enojado y golpeando la puerta tras de sí. »

Su colaborador Ramsauer — maestro que fué en su instituto — nos habla también de su carácter: « En una misma hora se sentía muy feliz o muy desgraciado, muy dulce y cariñoso o muy serio y severo; se apasionaba de todo. Para felicidad o desgracia suya olvidaba rápidamente; por esto la historia de su vida no presenta continuidad, y no aprovechaba siempre de sus experiencias; ni siquiera permitía que nosotros usáramos, para la pedagogía, las experiencias de otros tiempos o de otros países; no debíamos leer nada, sino inventar todo. Por esto, en el

instituto Pestalozzi, había que estar siempre experimentando. Pero, eso sí, lo que de este modo habíamos aprendido con tanto trabajo y pena, sabíamos, lo poseíamos a fondo y nos proporcionaba un placer y una confianza tal que nos hacían olvidar todas las penas. Con frecuencia Pestalozzi se impacientaba cuando los maestros le dábamos algún disgusto; entonces se iba encolerizado, golpeando la puerta a romperla. Pero si en ese momento encontraba un joven discípulo, su vista lo apaciguaba súbitamente, besaba al niño y entraba en la habitación diciendo: ¡perdón! ¡perdón! he estado violento, me he conducido como un loco.»

Pestalozzi declaraba con toda modestia que en su vida no ha hecho nada terminado. Sin embargo, analizando su obra práctica y literaria ¿cuántos podrían jactarse de haber empleado tan bien el tiempo? ¿cuántos podrían decir que han hecho más que él en bien de sus semejantes? El fracaso, temprano o tardío, de todas sus empresas es lo que, probablemente, le daba ese sentimiento. Solamente un hombre de genio puede permitirse una confesión como ésta, después de medio siglo de acción proficua: «¡Amigos de la humanidad! tomad este trabajo — se refiere al *Canto del cisne* — por lo que vale; no exijáis de mí desde el punto de vista de las letras más de lo que puedo dar. Mi vida no ha producido nada completo, nada terminado; mi escrito no puede tampoco ofrecer nada completo, nada terminado. Tal como es, acordadle un atento examen; y en todo lo que encontréis de propio para hacer el bien de los hombres, dadle el benéfico concurso que reclama el objeto mismo, independientemente de mis esfuerzos personales; no deseo otra cosa que quedar de lado para ser reemplazado por otros para todo aquello que otros entienden mejor que yo, a fin de que éstos sirvan a la humanidad mejor de lo que yo pude hacerlo.»

En cuanto a la capacidad administrativa, muy poca tenía, según propia confesión y testimonio de las personas que tuvieron trato con él; en sus institutos había mucho desorden en cuanto a administración se refiere. Esta falla no ha influido poco en el fracaso de sus empresas, no digo industriales — que fueron un desastre, como el cultivo de sus tierras en Neuhof, — sino pedagógicas. Lavater, amigo suyo, decía en cierta oportu-

nidad a la mujer de Pestalozzi: « Si yo fuera un príncipe, consultaría a vuestro marido para todo lo que concierne al mejoramiento y la felicidad de los pueblos, pero no le confiaría la administración de un duro. » Habrá mucho de exageración en estas palabras, pero contienen mucha verdad. Pestalozzi tenía perfecta conciencia de ello, y él mismo, con la sinceridad que le caracterizaba, confiesa, en *Cómo educa Gertrudis a sus hijos*, que sin sus colaboradores no habría podido hacer nada: « No debo y no quiero ocultarlo: si el hombre que fué declarado, hasta en sus días viejos, incapaz de todo por las personas capaces, o simplemente por las que pasan por serlo, no hubiera podido llegar a ser maestro de escuela en su miserable situación de hombre caído, y si Buss, Krussi y Tobler no hubieran venido en auxilio de su indecible torpeza para todo arte y toda práctica, con una energía que él nunca habría podido esperar, entonces sus teorías sobre este punto, semejantes a las llamas de un volcán que no puede llegar a ponerse en erupción, se habrían extinguido en su propio ser y moriría tenido como un loco soñador, etc. »

En la undécima carta a Gessner, de la misma obra, echa sobre sus hombros toda la culpa de sus fracasos y reconoce su falta de habilidad práctica; esta página es interesante para conocer la psicología del ilustre pedagogo:

« ¡ Imagínate, amigo, el estado de mi corazón, mi desesperación, la imagen de esta sombra y, en medio de mi aniquilamiento, la idea de que había destruído el fin de mi vida ! Y ello es cierto, yo mismo tenía la culpa de haberlo destruído ; yo lo había realmente perdido en mí mismo. Dios es quien me lo ha devuelto después de esta pérdida. Mil veces me he extraviado en el camino que lleva a mi fin, aun cuando parecía que me habían puesto en las manos, como a un niño, los medios de alcanzarlo ; yo me he perdido así tanto tiempo como nadie lo ha hecho. No solamente se oponía a la consecución de mi fin una carencia absoluta de habilidad práctica, no educada desde mi infancia, y una desproporción enorme entre la extensión de mi voluntad y los límites de mis fuerzas, sino que cada año fuí más incapaz de todo lo que parecía esencialmente necesario para la adquisición de mi fin. Pero, ¿ es culpa mía que el curso de una

vida constantemente dividida no me haya dejado ir en ninguna cosa por el camino que seguiría un corazón no destrozado ? ¿ Es mi culpa que las manifestaciones de los hombres felices, o, por lo menos, las de los no miserables, se hayan borrado en mi alma como la huella de una isla sumida en el abismo ? ¿ Es culpa mía que los hombres que me rodean no vean otra cosa en mí sino una cabeza ensangrentada, destrozada, arrojada a la calle, incapaz de sentirse así misma, y cuyo ideal de vida es como una espiga entre maleza, abrojos y cañaverales, que crece sólo lentamente y siempre en peligro de muerte y de asfixia ? ¿ Es culpa mía que el ideal de mi vida se alce en mí como una roca pelada en medio del mar, que con el eterno chocar de sus olas se ha llevado hasta el último vestigio de la tierra hermosa que en otro tiempo la cubría ? Sí, amigo, es culpa mía. »

Estas palabras dan una idea exacta de la gran modestia y sinceridad de Pestalozzi; pero no habría que creer al pie de la letra en sus afirmaciones, pues, con toda evidencia, es excesivamente severo e injusto consigo mismo. Así lo sostiene su ex alumno Roger de Guimps, que tan bien lo conocía, quien dice en su tan documentada *Historia de Pestalozzi*: « Sea como fuese, Pestalozzi se perjudica así mismo cuando habla de su completa incapacidad. ¿ No ha acertado de modo admirable cada vez que a podido actuar libremente, y siempre que no ha sido detenido por obstáculos materiales ? ¿ Y no ha obtenido, acaso, éxitos admirables en la educación de los niños en su juventud, en Neuhof, en Stans y en Burgdorf en su edad madura, por último en la escuela para pobres de Clendy en su vejez ? » Y añade, con toda razón: « Perjudica también a sus institutos dejando creer que no han producido nada bueno. Desde el punto de vista del método elemental, han realizado progresos incontestables y muy importantes en la mayor parte de las ramas de la enseñanza; y esos progresos, llevados a diversos países por sus alumnos, han traído los comienzos de una reforma general de los antiguos procedimientos rutinarios de la escuela (1). »

A la gran sinceridad se unía en Pestalozzi una gran modestia, una excesiva modestia, que le perjudicaba ante muchas per-

(1) Página 479.

sonas, que tomaban al pie de la letra sus palabras. En cambio, cuando se encontraba con personas de gran cultura, este rasgo de su carácter lo elevaba a la altura de la genialidad. Su amigo y admirador el geógrafo Ritter refiere que en cierta ocasión le dijo Pestalozzi: « No puedo decir que he creado lo que estáis viendo. Niederer, Krusi, Schmid se reirían de mí si yo dijera que soy su maestro; no sé calcular, ni escribir; no entiendo nada de gramática, ni de matemáticas, ni de ninguna ciencia; el último de nuestros alumnos sabe más que yo; no soy más que el *despertador* del instituto, correspondiendo a otros la realización de mis pensamientos. »

Otro rasgo de su carácter era su gran optimismo, que no abandonó hasta su último día; de otro modo no hubiera sido el genial innovador y reformador de la educación popular. ¿Puede concebirse un reformador social pesimista? ¿Indudablemente, no. El pesimismo paraliza toda acción fecunda y envenena el corazón de los hombres. Todos los hombres amantes de la humanidad y de su progreso social han sido, sin excepción, optimistas. El pesimismo no puede ser sino una modalidad de hombres amargados por el fracaso, o una *postura* de filósofos inútiles, cuando no de burócratas incapaces de hacer nada útil en bien de la vida colectiva. Pestalozzi, el creador de la escuela popular laica, conservó su gran optimismo hasta el último instante de su larga y fecunda existencia. ¡Después de su triste retirada de Iverdon, a los 80 años de edad, el noble anciano pronto se repone del quebranto moral y empieza a redactar su *Canto del cisne* y sus *Destinos* y hace construir una escuela para niños pobres; mientras la construcción se lleva a cabo— con una lentitud desesperante para él — va todos los días a enseñar a los niños de la aldea vecina!

Una sola idea sirvió de eje a su vida mental: la educación de los niños pobres; esa fué su idea fija. ¿No es acaso, la idea fija, una modalidad mental del genio? Un episodio de su vida nos pone en evidencia esta modalidad de su carácter: poco después de la muerte de su mujer, un ex-alumno viene a presentar, conmovido, sus pésames al maestro. Después de unas cuantas palabras, Pestalozzi empieza a hablar de la cultura popular, de la escuela elemental, de la elevación del pueblo por la instruc-

ción; refiere a su discípulo todos sus proyectos, todo lo que va hacer y, llevado por el entusiasmo, exclama: « ¡cuán feliz me siento! »

Un gran desinterés caracteriza también toda la obra de Pestalozzi. No es exagerado afirmar que jamás se ocupó de sí mismo, y sí, siempre, de los demás. Ese idealismo jamás desfalleció. A los 72 años, en plena bancarrota su instituto, recibe 50.000 francos como producto de la suscripción popular a sus obras. Nunca Pestalozzi, que siempre vivió en la mayor pobreza, cuando no en la miseria, se había visto tan rico. Inmediatamente concibe el proyecto de fundar una escuela para niños pobres. Como era su costumbre, pronuncia un discurso en el instituto sobre sus doctrinas pedagógicas y sus nuevos planes y dice: « Destino la suma de 50.000 francos que me produce la suscripción para formar un capital inalienable, cuyo interés anual será empleado perpetuamente como sigue: 1º a continuar la investigación y experimentación de medios siempre más sencillos para la enseñanza elemental del pueblo en el hogar doméstico; 2º a formar, con este objeto y dicha finalidad, buenos maestros y maestras; 3º a formar una o más escuelas modelos para instruir niños según los principios ya indicados; 4º para continuar la búsqueda de los medios apropiados para regenerar entre el pueblo la educación doméstica. » Nada hay de extraño en tamaño desprendimiento en un idealista como Pestalozzi, que no había tenido a menos vivir como un mendigo para regenerar a los mendigos.

El siguiente pasaje del informe del educacionista berlinés Soyaux sobre Pestalozzi y su instituto (1802), nos da nuevos elementos para conocer la psicología del gran educador (1):

« Basta ver a este hombre para tener de él la mejor opinión. Sus pensamientos están en una agitación continua y violenta; vive en sí mismo más que fuera de sí, más en el mundo de las ideas que en la realidad. Una agitación inquieta, un impulso interior lo lleva ciertos días de una a otra aula, de uno a otro colaborador. Parecería entonces que persigue una idea que se le

(1) Citado por A. PINLOCHE, *Pestalozzi et l'éducation populaire moderne*, página 30.

escapa y que a toda costa quiere aclarar dudas complicadas. En otros momentos permanece días enteros en su pieza, donde pasa el tiempo escribiendo y meditando, en un completo olvido de sí mismo y de sus asuntos. Empezar una conversación con él es cosa fácil, pero más difícil es poderle seguir y llevarlo a un resultado satisfactorio. Sólo por breves instantes rompe el hilo de sus meditaciones, dice alguna palabra de amabilidad y luego vuelve a concentrarse en sí mismo. Cuando, sin embargo, se consigue llamar su atención sobre objeciones y dudas fundadas, se vuelve vivaz y comunicativo. Habla con rapidez y seguridad, en tono enérgico y afirmativo. La contradicción no le desagrada, pero raramente tiene otro resultado que aferrarle más en su opinión.

« Su corazón está lleno de afectos y de amistad. Pareciera que más le agradara hablar a los amigos y a los discípulos por el sentimiento que por las ideas y las palabras. Una palmada amigable, un enérgico apretón de manos, una mirada benevolente, un saludo de simpatía o agradecimiento son más frecuentes en él que largas reflexiones y objeciones superficiales. No escatima ningún sacrificio para un fin noble y elevado. Llevando demasiado lejos el olvido de sí mismo y de los suyos, toma muchos niños gratuitamente.

« La firmeza y la independencia de su espíritu se manifiestan también en su exterior. Poco puede jactarse de modales sociales. Lo que piensa y cree, lo que siente y desea, lo expresa francamente y de un modo original. Extraño a las formas de la cortesía europea, se abandona al impulso natural de su espíritu y de su corazón. Es silencioso, veraz, serio, bondadoso, firme con modestia, vivaz sin ser distraído, atento por simpatía, pero sin fineza y sin señal de influencia extraña en sus palabras ni en sus actos. No habiendo sido formado por hombres (1), no sabe tampoco actuar directamente sobre ellos. Es más un pensador que un educador.»

Por último, transcribiré este pasaje de un artículo de Pestalozzi, publicado en 1782 en la *Hoja Suiza*, en que contesta a los que le criticaban que tenía mucho de niño :

(1) Hace aquí alusión Soyaux al hecho que Pestalozzi perdió a su padre en muy corta edad, habiendo sido educado por su madre.

« Quiero serlo hasta la tumba. Es tan dulce ser un poco niño, creer, confiar, amar; corregir sus faltas, sus errores, su locura; ser mejor y más sencillo que todos los bribones, y por su maldad volverse más bueno que ellos. Es una felicidad creer en la buena intención de los hombres, a pesar de todo lo que uno ve y oye; creer cada día en el corazón humano a pesar de que uno es engañado cada día, y perdonar lo mismo al sensato que al loco de este mundo, cuando cada uno por su lado trata de extraviarnos. »

Incomprendido por el pueblo, para quien era todo su pensamiento, toda su acción, todos sus sacrificios, todo su gran corazón, y admirado por los sabios de todos los países; tenido por las gentes como loco a pesar de ser el hombre mejor intencionado de su siglo; descuidado en el vestir hasta lo inverosímil en un hombre de su importancia; de una pronunciación obscura, que a veces dificultaba la comprensión de su pensamiento, a pesar de la vivaz expresión de su fisonomía iluminada; perseguido y obstaculizado siempre en sus nobles empresas por dogmáticos reaccionarios y admirado y querido por los hombres bien intencionados y amantes del progreso de la humanidad; generoso y desinteresado hasta la temeridad, con lo que comprometía siempre su bienestar, la tranquilidad de su familia y la estabilidad de sus institutos de educación; preocupado y viviendo su larga vida dominado por una idea fija: el mejoramiento económico y moral de las clases populares y oprimidas, mediante la escuela elemental laica; de un corazón bondadoso y generoso como el de nadie, de una humildad y sencillez de apóstol, de una sinceridad y exagerada severidad para juzgarse así mismo y sus obras, que llegaban a veces al colmo; de una virtud de santo laico, de un optimismo extraordinario cuando se trataba de la educación de los niños pobres; de una sencillez y modalidades que le hacían parecer un niño; de un temperamento tal que le hacía pasar de un instante a otro de la alegría a la pena, de la felicidad a la infelicidad; de nobles y grandes iniciativas, pero carente de habilidad administrativa; de escasísima erudición científica y filosófica, de escasas facultades de sistematizador, pero creador de la pedagogía moderna y fundador de la escuela popular para todos, y escritor fecundo, profundo, inspi-

rado, llegando sus escritos a las más recóndidas fibras del corazón de los hombres, tal fué este hombre de genio que se llamó Juan Enrique Pestalozzi.

## CAPÍTULO VII

### Significación de Pestalozzi en la Historia de la civilización

Pestalozzi influyó notablemente en el espíritu de grandes pensadores y también en la opinión pública y en los hombres de gobierno de grandes naciones, especialmente de Alemania. Siendo ésta la nación que primero y mejor comprendió la necesidad de educar al pueblo, fué también el país en que primero y más honda influencia ejercieron las ideas y la labor pedagógica de Pestalozzi. Federico II y su ministro Zedlitz habían iniciado la obra educacional popular, según las ideas de Rochow. Su sucesor Federico Guillermo II abandonó estas loables iniciativas, que volvieron a resurgir con Federico Guillermo III, quien escribía a su ministro Massow (1798): « Ya es tiempo de ocuparse de dar a los niños burgueses y campesinos una educación e instrucción apropiadas. » En ese momento entran las ideas pestalozzianas en Alemania. Herbart, el gran filósofo, escribe sobre la doctrina de Pestalozzi. El rey de Prusia envía al inspector de escuelas normales Jeziorowsky al instituto de Burgdorf para estudiar sobre el terreno el método de Pestalozzi (1803). Por el informe de su funcionario, el rey deduce que eso es demasiado para el pueblo, pues cree que es suficiente, además de la instrucción religiosa y moral, « que los niños de la clase popular sepan leer, escribir, contar y cantar algunas viejas canciones bien elegidas », y sólo autorizó la aplicación del método de Pestalozzi en las escuelas normales. Más tarde (enero de 1805), el rey autorizó su aplicación en las escuelas primarias, aunque no de modo obligatorio; pero encontró resistencia en el Consejo superior de Instrucción pública, que combatía las ideas de Pestalozzi.

Después de la derrota de Jena (1806), el rey comprendió que

« el Estado debía recuperar por las fuerzas intelectuales lo que había perdido en fuerzas físicas ».

Dos grandes filósofos alemanes, Herbart y Fichte, conocieron de cerca a Pestalozzi, estudiaron sus doctrinas pedagógicas y las acreditaron ante sus compatriotas con su muy grande autoridad.

Juan Federico Herbart visitó a Pestalozzi en Burgdorf en 1799, escribiendo varios opúsculos sobre el maestro: *Sobre el reciente escrito de Pestalozzi*, « *Cómo educa Gertrudis a sus hijos* » (1802), *El A. B. C. de la intuición* (1802) y *Criterio para juzgar el método de instrucción de Pestalozzi* (1804). Además, escribió importantes obras pedagógicas en que se descubren puntos fundamentales inspirados por Pestalozzi. Estas obras son: *Pedagogía general deducida del fin de la educación* (1806) y *Esquema de lecciones pedagógicas* (1835). En ellas se desarrolla profundamente algunos puntos fundamentales de la doctrina de Pestalozzi, como ser la *intuición*, punto de partida de toda instrucción, acerca del cual decía: « La intuición es la gran idea, la idea genial del noble Pestalozzi; pero no la aplicó más que en una esfera estrecha, la de la educación elemental. » También coincide con Pestalozzi en cuanto es menester ir ajustando la enseñanza al gradual desarrollo del entendimiento del niño. Por lo demás, Herbart llegó a sistematizar, a profundizar y a dar fundamentos científicos a la pedagogía, convirtiéndola en ciencia de la educación, lo que no hubiera jamás podido hacer Pestalozzi por falta de los conocimientos necesarios — que tan ampliamente los poseía Herbart — para semejante tarea. Fundó en 1810, anexo a su cátedra de la Universidad de Kœnisberg, un seminario pedagógico.

Mager dijo: « Hay que estudiar a Pestalozzi en Herbart », sin embargo, Pestalozzi probablemente no leyó las obras de Herbart, y, si las hubiera leído, se hubiera espantado de esos razonamientos metafísicos tan abstrusos a veces, tan complicados y no exentos de contradicción. Evidentemente, la obra pedagógica de Herbart ha recibido su primer impulso inspirado en el ardor entusiasta de Pestalozzi, pero el sencillo pedagogo no se hubiera reconocido en Herbart.

El filósofo Juan Fichte (1762-1814) fué preceptor en su ju-

ventud en Zurich; allí conoció a la mujer que fué su esposa, Juana Rahn, amiga que fué de la mujer de Pestalozzi, Ana Schulthess.

La adhesión a Pestalozzi de un pensador de su talla es otro de sus grandes éxitos; además, la brillante defensa que hace de sus doctrinas pedagógicas decidieron su triunfo definitivo en Alemania.

Después de la derrota de Jena, Berlín fué ocupada por las tropas francesas. Una vez firmada la paz, Juan Fichte pronuncia en Berlín sus célebres *Discursos a la nación alemana* (1807-1808), en que sostiene que hay que reorganizar la nación y prepararla para su engrandecimiento futuro. Hay que hacer que cada hombre se respete y respete a los demás, cimentar el sentimiento de la dignidad en cada individuo, fomentar la acción libre e independiente. Del pueblo salieron grandes cosas, como ser la reforma de Lutero, la filosofía de Kant y la pedagogía de Pestalozzi. Sólo mediante la instrucción popular puede llegarse a la reorganización y al resurgimiento de la nación. Sólo por la instrucción popular puede la nación recuperar su prestigio y su poderío, y basaba esta instrucción « sobre el método inventado y propuesto por Enrique Pestalozzi, cuya aplicación ha sido ya hecha con éxito ante nuestros ojos ». Y añade: « el fin esencial de Pestalozzi ha sido elevar al pueblo y borrar toda diferencia entre la clase popular y la clase *culta*, porque así no sólo se consigue realizar la educación popular, sino más bien la *Educación nacional* y que la doctrina de Pestalozzi tiene suficiente fuerza para ayudar a los pueblos y a la especie humana toda a salir del estado miserable en que yacen ».

En esa época dos discípulos de Pestalozzi, Nicolovius y Suvern, fueron designados para dirigir el departamento de instrucción pública, que aún dependía — y dependió hasta 1817 — del ministerio del interior. A partir de este momento el método de Pestalozzi triunfa definitivamente en Alemania.

En 1808, el filósofo francés Maine de Birán abrió en su ciudad natal, Bergerac, de la que era subprefecto, una escuela pestalozziana bajo la dirección de un ex alumno de Pestalozzi, la cual funcionó hasta 1831.

En 1805 fué abierta una escuela pestalozziana en Madrid y

en 1806 se creó, también en Madrid, el Real instituto pestalozziano militar, con maestros enviados por Pestalozzi, que funcionó hasta 1808.

Gracias al ejemplo de Alemania, posteriormente el espíritu pestalozziano se abrió camino y triunfa en todas las grandes naciones de Europa y América.

Difícilmente se encontrará un gran educador que no haya recibido alguna influencia moral de Pestalozzi. Entre los más conocidos podemos recordar a Froebel, y, en nuestros días, a María Montessori. Con gran emoción escuché las conferencias pronunciadas por María Montessori en la Facultad de Humanidades y ciencias de la educación, de La Plata, y en la de Filosofía y letras, de Buenos Aires, el año pasado. Si bien es cierto que esta educadora se aparta en gran medida del maestro suizo, y no podría ser de otro modo a un siglo de distancia, su gran amor a la infancia, el espíritu de libertad que reina en sus *casas de los niños*, el respeto que profesa y predica a la personalidad del niño, el profundo conocimiento de la psicología infantil que demuestra poseer a pesar de hablar mal de la psicología como ciencia, y hasta algo de su rico e ingenioso material pedagógico, evocan en nuestro espíritu, y evocaban efectivamente en el mío cuando escuchaba su elocuente y dulce palabra, al buen Pestalozzi.

Froebel, el creador de los *jardines de niños*, también ha recibido más de una inspiración de Pestalozzi, a quien había conocido durante su permanencia de dos años en Iverdon. En su bella obra *La educación del hombre* se descubren fácilmente sus puntos de contacto con el maestro suizo, a pesar de que decía que «nuestros más grandes educadores, aun sin exceptuar a Pestalozzi, me parecen demasiado primitivos, demasiado empíricos y caprichosos, y, por consiguiente, no científicos». La pedagogía de Froebel se caracteriza por el conocimiento del alma infantil, por la gran importancia que da al *sujeto*, es decir al niño, a quien hay que enseñarle gradualmente los conocimientos, despertando continuamente el *interés* y relacionando la *teoría* y la *práctica*, el *pensamiento* y la *actividad*, la *escuela* y la *vida*, y en todos estos puntos de vista fundamentales, se identifica con el espíritu de la doctrina pestalozziana.

El gran escritor ruso León Tolstoi, que había sido impresionado por *Emilio*, realizó un viaje a los países occidentales, en 1860, recorriendo Francia, Alemania e Inglaterra, para estudiar de cerca la organización y el funcionamiento de las escuelas. En Berlín conoció al hijo del gran discípulo de Pestalozzi el educador Diesterweg, que dirigía un seminario pedagógico, quien informó ampliamente a Tolstoi de las doctrinas pestalozzianas. Volvió de este viaje como adherente a las ideas de Pestalozzi y Froebel, lo que no es óbice para que haya severamente criticado a los pestalozzianos que conoció, sobre todo en ese afán de querer aplicar de modo exagerado el método de la *intuición*. Ya a los 21 años de edad Tolstoi había fundado una escuela (1849); pero es a partir de los treinta años que se dedicó con más fervor a la enseñanza, en la escuela que fundó en sus tierras de Iasnaia-Poliana (1).

En los últimos años de su vida larga y fecunda, Tolstoi prestó mucha atención a la educación moral. En su juventud, en cambio, atribuía más importancia a la instrucción del niño, debido, sobre todo, a que la moral filosófica no podía dar una base indiscutible a la pedagogía. En su vejez vió claramente, como Pestalozzi, que la educación moral de la infancia puede y debe basarse en el ejemplo. De esto deducía la necesidad que tiene el educador de perfeccionarse a sí mismo antes de pretender educar a los demás. « La educación — decía — parece una obra complicada y difícil en tanto cuanto queremos, sin educarnos nosotros mismos, educar a nuestros hijos y a los hijos de los otros. Si comprendemos que no es posible educar a los otros sino con nuestro propio ejemplo, el problema de la educación se elimina, y no queda sino éste, que concierne a la vida: ¿cómo hay que vivir? pues no conozco ningún asunto que se refiera a la educación de los niños que no esté implicado en la educación de sí mismo. »

Como fácilmente se descubre, hay aquí una perfecta identidad de pensamiento con Pestalozzi, con lo que él llama la *intui-*

(1) Léanse los artículos pedagógicos de Tolstoi en *Obras completas*; es interesante también la obrita de CHARLES BAUDOUIN, *Tolstoi éducateur*, que forma parte de la *Collection d'actualités pédagogiques*.

*ción moral*, esto es, la acción educadora del ambiente de bondad y de virtud en que se imparte la educación de los niños; y bien sabemos que esta acción por el ejemplo la ejercía con singular eficacia Pestalozzi, cuya vida de desinterés, amor a la humanidad y virtud hacen de él un santo laico.

El gran poeta indú Rabindranath Tagore, como Tolstoi, se ocupó del problema de la educación y, como éste, fundó también él una escuela, en Bengala. Por el amor a la libertad que se respira en su escuela, por el ambiente de virtud, simplicidad, amor a la naturaleza, mucha semejanza encontramos en el Tagore educador y Pestalozzi. Además, como Pestalozzi, Tagore combate la enseñanza puramente libresca, que aleja al niño de la contemplación y observación de la naturaleza. Este concepto Pestalozzi lo había llevado hasta la exageración; ya sabemos que casi no leía, y llegó a declararse enemigo de la imprenta, él que tanto escribió y que llegó a fundar una imprenta propia en el Instituto de Iverdon. Parece que la exageración sigue el pensamiento de los apóstoles como la sombra a nuestro cuerpo. Dice Pestalozzi en *Cómo educa Gertrudis a sus hijos* (1): « De un lado, ninguna parte del mundo se ha elevado tanto (Europa); pero, de otro, tampoco ninguna ha descendido tan bajo; como en la imagen del profeta, la cabeza dorada de sus artes particulares llega hasta las nubes; pero la instrucción del pueblo, que debía ser el fundamento de esta cabeza de oro, es, por el contrario, como los pies de la estatua gigantesca, del barro más miserable, más quebradizo y más inno- ble. » Estas palabras expresan la verdad; pero luego atribuye esta situación, « esta desproporción, desastrosa para el espíritu humano, entre las preeminencias de lo supremo y las miserias de lo inferior », a la imprenta en primer lugar y a la Reforma después. La imprenta habría apartado los ojos del hombre europeo de las intuiciones reales, base absoluta de toda instrucción, para dirigirlos a las páginas de los libros, y hacer de él un hombre de letras; y la Reforma ha completado la obra de la imprenta « al abrir la boca a la estupidez pública de un mundo monacal y feudal sobre conceptos abstractos que no resolverá nun-

(1) Página 195.

ca la sabiduría entera de la existencia más liberal de nuestra especie (1) ». Y completa el cuadro con estas palabras: « Así como un torrente devastador cuando es detenido en su curso por una montaña derrocada toma una nueva dirección y extiende su asolación de año en año y de generación en generación, del mismo modo la cultura popular europea, desde que por la acción reunida de esos dos acontecimientos capitales ha abandonado el lecho llano de la intuición y tomado una dirección ilusoria y sin fundamentos, ha acelerado de año en año y de generación en generación su devastación humana, hasta que al fin, después de seguir durante siglos este camino y de haber llegado a la perfección de la charlatanería general, nos ha traído a la situación en que estamos y donde no queremos, a ningún precio, permanecer más tiempo (2) ».

Tagore, sin embargo, no llega a un pensamiento tan radical para combatir la enseñanza que aleja al niño del contacto de la naturaleza para engolfarlo en la lectura de los textos, con frecuencia de malos textos. Al referirse a su excelente colaborador el joven maestro de 20 años Satish Chandra Roy, dice: « Nuestros alumnos tuvieron la felicidad de ser instruidos por un maestro viviente, no por manuales. ¿ Los libros, como tantos otros accesorios necesarios, no se interponen, acaso, entre nosotros y el universo? Nos hemos acostumbrado a tapar con páginas de libros las ventanas de nuestro intelecto; frases tomadas de los libros se han pegado sobre nuestra epidermis mental y le impiden percibir el contacto directo de la verdad. Un mundo de nociones librescas se ha erigido en plaza fuerte, en ciudadela rodeada de fosos, en donde nos cobijamos, privados de comunicaciones con la creación de Dios. Ciertamente, sería absurdo desconocer la utilidad del libro; pero hay que aceptar que el libro tiene sus límites y sus peligros. En todo caso, durante el período inicial de su educación los niños deben recibir sus lecciones de verdad por vía natural, es decir, mediante personas y cosas (3) ».

(1) *Ibidem*, página 196.

(2) *Ibidem*, página 197.

(3) TAGORE, *Mon école*, en la obrita *Tagore éducateur*, de la señora E. Pieczynska, del Instituto Rousseau.

Este pasaje de Tagore, acerca del ambiente de amor y libertad que debe reinar en la escuela, lo hubiera suscrito gustoso Pestalozzi: « Es también absolutamente necesario que los niños tengan, para desarrollarse, no escuelas para aprender solamente lecciones, sino un mundo donde el amor sea el espíritu director. Debe ser un *ashram*, en el cual los hombres se reúnan en la paz de la naturaleza, donde la vida no sea solamente contemplativa, sino despierta en la actividad; donde los jóvenes espíritus no sean inducidos a pensar que el ideal brindado a su admiración es la idolatría nacional; donde se sientan invitados a realizar el mundo humano como siendo un Reino de Dios, del que deben aspirar a llegar a ser ciudadanos: donde la salida y la puesta del sol y la gloria silenciosa de los astros no sean cada día ignoradas; donde las fiestas de las flores y de los frutos sean alegremente celebradas, y donde jóvenes y viejos, maestros y escolares, compartan en la misma mesa el pan cotidiano y el pan de la vida eterna (1) ».

En los Estados Unidos de la América del Norte ha realmente triunfado el espíritu de la pedagogía de Pestalozzi. En aquel gran país, más que en ninguno quizá, la escuela ha llegado a un alto grado de perfeccionamiento y de difusión, y se relaciona, mejor que en ningún otro, con la sociedad toda, de la que ella es uno de sus órganos importantes. En la escuela norteamericana se da muchísimo valor a lo que Pestalozzi llamaba *vida industrial*, es decir, el saber hacer, el saber actuar, como el medio más eficaz para hacer que los hombres se basten a sí mismos, que, como hemos visto, era la finalidad suprema de todos los esfuerzos del maestro suizo. La escuela norteamericana no sólo ha sabido cosechar estas grandes orientaciones pestalozzianas, sino que las ha llevado a un alto grado de perfeccionamiento (2). La escuela norteamericana tiende a relacionarse estrechamente con la vida social, de modo tal que el niño lleva

(1) *Ibíd.*

(2) Puede consultarse con provecho, acerca de la escuela norteamericana, la obra del pedagogo chileno MAXIMILIANO SALAS MARCHÁN, *Orientaciones actuales de la educación norteamericana*, Edit. Nascimento, Santiago de Chile, 1925.

la experiencia familiar y la experiencia de la vida en general a la escuela, y ésta, a su vez, capacita al niño para poder actuar en la sociedad como individuo y como ciudadano. Como dice el eminente educador y filósofo John Dewey en su obra *La escuela y la sociedad*, « lo que importa en lo referente a la introducción en la escuela de las diversas formas de ocupación activa es que mediante ellas se renueva el espíritu entero de la escuela. Tiene ésta una oportunidad para afiliarse a la vida, para llegar a ser el ambiente natural del niño, donde éste aprende a vivir directamente, en vez de ser un lugar donde se aprenden simplemente lecciones que tengan una abstracta y remota referencia a alguna vida posible que haya de realizarse en el porvenir. Tiene así la escuela una probabilidad de ser una comunidad en miniatura, una sociedad embrionaria ».

La gran reforma educacional llevada a cabo en Rusia es también una de las más bellas consagraciones de las doctrinas pestalozzianas. No sólo se afana la Rusia de nuestros días para suprimir el analfabetismo, problema que poco interesaba a los gobiernos de los zares, sino que ha reorganizado la escuela elemental sobre nuevos principios y nuevas normas, que tienen por finalidad — a más de preparar las conciencias para la nueva organización económica del Estado — relacionar íntimamente la vida escolar con la vida de la sociedad, y preparar a los niños para actuar eficientemente en la producción de la riqueza colectiva. El Secretario pedagógico de la Internacional de los trabajadores de la enseñanza, sintetiza así la orientación del programa nuevo (1): « 1° Echa los fundamentos de la escuela *política* del proletariado, consagrando, en el campo escolar, la victoria política y económica del proletariado sobre la burguesía; 2° tiene en cuenta las necesidades de orden psicológico científico, social y práctico, pues asigna al educador la siguiente tarea: *a)* despertar y cultivar el interés del niño para la vida que lo rodea; *b)* dar al niño el hábito de la investigación y del estudio personales; *c)* educar en vista del trabajo productivo colectivo y solidario; *d)* hacer que el niño que deja la escue-

(1) *Programmes officiels de l'enseignement dans la République des Soviets*, Paris, Editions de l'Internationale des Travailleurs de l'enseñemets.

la esté munido de una suma de conocimientos y de hábitos que le permitan guiarse en la vida.» Como se ve, abstracción hecha de la proposición primera, que se explica por la nueva organización política y social que el gobierno del soviét trata de consolidar, los propósitos de la enseñanza elemental rusa están en perfecto acuerdo con los grandes ideales pedagógicos de Pestalozzi. Además — y esto lo veo como un gran perfeccionamiento de la pedagogía de Pestalozzi — toda la enseñanza de la escuela única se agrupa en tres ramas paralelas: *la naturaleza y el hombre, el trabajo y la sociedad*. Este plan se mantiene en todos los años, con la diferencia de la complejidad del estudio según sea el grado (1); así, verbigracia, el programa del primer año de la escuela del primer grado (niños de 8 a 9 años) fija los siguientes tres temas fundamentales: las estaciones del año, el trabajo cotidiano de la familia en el campo y en la ciudad, la familia y la escuela; el correspondiente al primer año de la escuela del primer ciclo del segundo grado, niños de 12 años, establece estos temas: I, La física y la química (en los límites de la necesidad en vista de la comprensión de los fenómenos del clima, de la vida del suelo y de las plantas; II, La explotación del suelo, sus aspectos y sus formas en el campo. Las características de las regiones agrícolas de Rusia. El cultivo y el abono del suelo. Amalgamiento. El cuidado de las plantas en los campos. Las herramientas e instrumentos aratorios. Las plantas cultivadas, etc.; III, Los paisanos y los señores. El feudalismo y su origen. La lucha de los paisanos contra los señores. La nobleza. El czar y la nobleza. La guerra de Crimea. La abolición de la esclavitud. La esclavitud política de los paisanos. Pago de amortizaciones. Insuficiencia de los terrenos atribuidos a los paisanos. Pequeña explotación paisana. Gran explotación por los grandes propietarios. El estado de la economía rural antes de la guerra. Lo que los paisanos piensan del derecho a la tierra, etc.

(1) La escuela única rusa consta de la *escuela del primer grado*, que comprende cuatro años de estudios (niños de 8 a 12 años); y de la *escuela del segundo grado*, que, a su vez, se subdivide en dos ciclos, formado el primer ciclo por tres años de estudios (niños de 12 a 15 años), y el segundo ciclo, por dos años.

En realidad, en nuestros días el espíritu de la doctrina de Pestalozzi ha triunfado o va triunfando en todos los países del mundo. Claro está que al decir esto no me refiero a tales o cuales principios que el maestro suizo aplicara para enseñar tal o cual cosa. Si hoy volviera Pestalozzi sería el primero en renovar esos procedimientos que, para él más que para nadie, significaban simples experiencias o tanteos pedagógicos. En nuestros días todos esos procedimientos han sido superados, por lo menos en los países mayormente educados. No podía ser de otro modo. Pero hay algo permante en toda la obra de Pestalozzi y es *el espíritu* de su doctrina: la educación de todos los niños del mundo en la escuela elemental, escuela única — como diríamos en nuestros días; — una escuela popular que no reconoce castas sociales y que refleja fielmente la vida del hogar, de la ciudad y del campo; un ambiente escolar en que el niño aprende por *intuición*, en contacto con las cosas del mundo y con los hombres; en que el niño vive el ambiente de la libertad y respira una atmósfera de bondad, alegría y virtud, y en que el niño se ejercita en la actividad del trabajo intelectual y manual a fin de que adquiera plenamente la capacidad de bastarse a sí mismo y de vivir una vida fecunda y honorable como jefe de familia y como ciudadano de la nación.

La verdadera importancia de Pestalozzi, frente al tribunal de la Historia, no proviene de que haya en nuestros días muchos o pocos titulados *pestalozzianos*, o que haya en Alemania, Suiza, España, Inglaterra, Francia, Dinamarca, Estados Unidos de la América del Norte o en otros países más, *escuelas pestalozzianas*; no! La verdadera importancia de Pestalozzi proviene de que fué el promotor de la educación elemental popular laica, el revolucionario de la pedagogía en una época en que era, ésta, arte despreciable. Muchos pedagogos se afanan, sin embargo, aun en nuestros días, para salvar algunos procedimientos del *método* de Pestalozzi. Dejemos esta tarea para personas de luces aun más modestas que las nuestras, y pongamos cada uno toda nuestra buena voluntad a fin de que se cumpla de un modo absoluto el ideal de Pestalozzi, vale decir, *que los beneficios de la educación elemental se extiendan a todos los niños de la República, sin excepción.*

En cuanto al *cuerpo del método*, estamos *obligados* a superar a Pestalozzi si no queremos profanar su memoria. ¿No estamos, acaso, a un siglo de su muerte? Él cambiaba continuamente de procedimientos; por ello, como lo dijimos en su oportunidad, no pudo nunca concretar ni dar forma definitiva a *su método*. ¿Cómo podríamos, entonces, en nuestros días aplicar al pie de la letra los procedimientos que él empleaba, que él había inventado? Ni los más grandes sistematizadores han logrado jamás mantener *vivos* en la conciencia de los hombres sus ideas o doctrinas durante un siglo, ni siquiera durante medio siglo. Cada época de la cultura humana tiene sus necesidades espirituales y tiene también sus hombres representativos que logran dar forma, expresión y sistematizar las ideas. Pasada esa época, nuevas necesidades originan nuevas ideas, doctrinas y sistemas. De ahí que haya resultado siempre loca aventura querer hacer revivir un sistema filosófico determinado. Todo sistema filosófico — y todo sistema pedagógico es, en cierta medida, filosófico — es hijo del medio social que lo engendró. El genio del filósofo es tal en tanto cuanto es capaz de organizar un plan método con las ideas creadas por el ambiente social. Los sistemas filosóficos nacen, crecen y mueren como las yerbas de nuestra pampa. Sin embargo, cada filósofo se hace la ilusión de que su sistema es el último, y que, de hoy en adelante, los hombres no tendrán que hacer otra cosa sino ir perfeccionando el edificio levantado por su esfuerzo. Así lo creyó Augusto Comte con respecto a su sistema de filosofía positiva; así lo vuelve a creer Enrique Bergson, según lo manifiesta en su *Evolución creadora*. En realidad, cada época de la cultura de cada pueblo rehace *su filosofía*, eso sí, aprovechando los materiales del pasado, pero sin proseguir el mismo sistema a fin de llevarlo a un perfeccionamiento indefinido. Podríamos decir que el hombre, en vez de perfeccionar indefinidamente el edificio de su cultura, lo derrumba cada siglo para reedificar un nuevo edificio con sus materiales. Así, nunca tiene un edificio perfecto, pero en cambio él llena las necesidades de la civilización durante un período más o menos largo, generalmente no muy largo, de su historia.

La *ciencia de la educación* no puede escapar a esta ley de

cambio, pues es ella un derivado de la cultura y una aplicación de las ideas filosóficas. La *educación del hombre* tiene que ser forzosamente un arte derivado de toda la cultura humana; encierra en sí no sólo el ambiente moral y la ideología de una época, sino también refleja sus aspiraciones políticas y sociales. Ello explica el por qué ocupáronse de *educación* los más grandes representantes de la cultura: Platon, Montaigne, Locke, Bain, Spencer, Herbart, Fichte, Kant, Rousseau, Tolstoi, Tagore. Y la pedagogía de Pestalozzi era también hija de una concepción nueva de la vida humana y de una nueva política, vale decir, de una filosofía.

No empeñezcamos, pues, la obra de Pestalozzi: viva en cambio perennemente en nuestra conciencia y en nuestro corazón el ideal de una moderna pedagogía — y para que siempre sea moderna debe renovarse sin cesar — que beneficie a todos los niños de la patria y de la humanidad.

ENRIQUE MOUCHET.